

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Campo del diablo

Una organización neonazi informa que tienen prisioneros a 53 judíos capturados en diversos lugares de Europa, que serán devueltos después del Juicio de Campo del Diablo, previa entrega de cien millones de dólares en marcos alemanes.



Lou Carrigan

Campo del diablo

Brigitte en acción - 341

ePub r1.1
Titivillus 03.11.2017

Lou Carrigan, 1983
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Se me ocurre una idea —dijo Frank Minello.

Miky Grogan, director del diario matutino Morning News, miró a su jefe de la Sección Deportiva con visible sobresalto, y exclamó, acto seguido:

—¡Oh, no! ¡Una idea tuya, no, Frankie, por favor!

Estaban en el despacho de Grogan. Pero no solos. Con ellos se hallaba la mujer más hermosa del mundo… a juicio de Minello. Al menos, era la más famosa y admirada, sin discusión: Brigitte Montfort la periodista que había sido propuesta poco antes para la presidencia de los Estados Unidos de América por el flamante partido político WTP, es decir, el Women Totaldemocracy Party[1]. En cuanto a hermosa, quizá Minello no exagerase demasiado en su apreciación, porque Brigitte no sólo lo era en grado superlativo en cuanto al físico, sino en todo lo demás. A fin de cuentas, la belleza de una persona no está sólo en el exterior. El interior también cuenta. Cuenta la voz, la mirada limpia, la pureza de sentimientos, la intensidad con que es capaz de amar…

Ah, si se comenzaban a sumar las cualidades morales de Brigitte a su belleza exterior, el resultado sí era favorable a la opinión de Frank Minello, sin duda alguna.

—¿Una idea tuya, Frankie? —preguntó Brigitte amablemente.

—¡Sí, una idea mía! ¿Qué pasa?

—¡Déjate de tonterías! —exclamó Grogan—. ¡Tú no tienes ideas!

—¿Qué idea es esa? —se interesó Brigitte.

—Que vayas tú a Afganistán —murmuró Minello. Miky Grogan parpadeó. Luego, masculló:

—Pues no es tan mala idea, después de todo.

Brigitte movió negativamente la cabeza.

—No, no pienso ir a Afganistán, queridos.

—¿Por qué no? —se lamentó Minello—. ¡Por culpa de esa

invasión rusa en Afganistán, se van a suspender los Juegos Olímpicos de Moscú! ¡Eso es un desastre para la Humanidad!

—Me parece que estás exagerando un poco —sonrió Brigitte.

—¡No estoy exagerando nada! Yo lo tenía todo preparado para ir a Rusia este año, como enviado del Morning, para atender todas las noticias deportivas, y esos malditos rusos me lo han estropeado todo. Bueno, a mí y a mis muchachos que me habrían acompañado, claro. ¡Todo un desastre para la Humanidad!

—Podrían suceder cosas peores —murmuró Brigitte.

—¿Peores que la suspensión de los Juegos Olímpicos? —aulló Minello—. ¡Claro que no! Por eso digo que si tú fueses allá a solucionar ese problema, nadie podría evitarlo. Quiero decir, claro, si fueses allá como «Baby», no como la señorita Montfort. ¡Seguro que la espía más inteligente del mundo resolvería ese asunto!

Brigitte Montfort, agente N. Y. 7117 de la CIA, conocida en todos los servicios de espionaje del mundo como la agente Baby, negó de nuevo con la cabeza.

—Eres muy amable conmigo, Frankie, pero no pienso ir allá. Ni resolvería nada yendo a Afganistán. Los hechos ya están consumados. Quizá si me hubiese enterado antes de que se produjera la invasión podría haber hecho algo. Quizás Pero ahora, ya no. Ahora es una cuestión militar… creada por una tensión política y económica. De todos modos, no debes preocuparte demasiado por la celebración de los Juegos Olímpicos Seguramente, se celebrarán.

—¡Ah! —exclamó Minello, esperanzado—. ¿Te has enterado de algo, sabes algo que los demás no sabemos, te han dicho…?

—No, no, no. Es sólo una corazonada. Tal como están las cosas, parece que las alternativas más probables, son dos: o Juegos Olímpicos, o guerra. Esperemos que opten por los Juegos Olímpicos…, aunque ni mucho menos me atrevo a asegurarlo, ya que la Humanidad está en estos tiempos padeciendo el mayor de los males que pueden aquejarla… ¿Tú sabes cuál es ese mal, Frankie?

—Bueno… ¿La tontería?

—Te has acercado bastante: la ignorancia. De momento, te diré que está sucediendo o va a suceder algo peor que la suspensión de los Juegos Olímpicos. Me refiero, claro está, a la suspensión del envío de trigo por parte de Estados Unidos a Rusia. ¿Sabes quién

pagará las consecuencias de esto?

—¡Los agricultores americanos!

—Ah, sí, claro… Pero ésos sólo sufrirán económicamente. ¿Qué me dices de los millones de ciudadanos rusos que están esperando ese trigo para comer?

—¿Eh…? Oh, pues… Bueno… ¡Zambomba, vaya putada!

—Por esta vez —sonrió Brigitte—, aceptaré tu léxico completamente: eso sí es una putada. Pero… ¿de dónde proviene?

—¿El qué? ¿La putada?

—Sí. ¿De dónde proviene?

—Zambomba… ¡De Estados Unidos!

—Físicamente, sí. Pero todo es una consecuencia de situaciones creadas por la ignorancia: la ignorancia de todo lo bueno que se puede conseguir de la vida viviendo en paz.

Minello quedó unos segundos pensativo.

—¿Quieres decir —murmuró por fin— que todos los gobernantes del mundo son tontos?

—Ésos sólo son ambiciosos y codiciosos. Los tontos somos tú y yo.

—¡Tú no eres tonta! —exclamó Minello.

—Soy tan tonta como tú. Toda la Humanidad somos tontos. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Por dejarnos gobernar por gente ambiciosa y codiciosa.

—Eso es inevitable —murmuró Grogan.

—Sí, lo es…, mientras persista la ignorancia de la Humanidad en todas las cosas. De modo que volvemos a la ignorancia. ¿Qué hacemos cuando tenemos un quiste, o sufrimos un ataque de apendicitis? Pues, extirpamos el quiste o el apéndice, ¿no es cierto? Lo mismo tendríamos que hacer cuando el quiste es uno o varios gobernantes: extirparlo.

—¿Quieres decir matarlo? —inquirió Minello.

—Ésa puede ser una de las soluciones. Pero ni mucho menos es la mejor, yo diría incluso que es la peor. ¿Por qué matarlo? ¿Por qué eliminar al pastor del rebaño? Si las ovejas no están de acuerdo con el pastor, todo lo que tienen que hacer es dejar de seguirlo, de obedecerle. Simplemente, lo ignoran, buscan ellas mismas pastos más tiernos, y allá se las arregle el pastor, puesto que no sabe o no

quiere hacerlo mejor. Y entonces, ¿de qué sirve un pastor sin ovejas?

—Eso es una utopía —exclamó Grogan. Brigitte suspiró profundamente.

—Sí, es cierto: es una utopía. Pero es bonita, ¿verdad? Supongamos que, ya que hablamos de la invasión de Afganistán, los generales rusos se hubieran encontrado sin tropas a las que mandar: ¿se habría producido la invasión? ¿Se habría producido si los soldados rusos hubiesen dicho que de guerra nada, que ellos estaban muy bien en casa con sus familias, y que preferían permanecer en la Madrecita Rusia?

—Oye —rió Minello—: ¡si escuchan esta teoría tuya los militares del Pentágono te van a fusilar!

—No sería el primer caso en la familia —dijo Brigitte[2].

Se quedaron silenciosos los tres. Brigitte encendió un cigarrillo, y siguió hablando.

—De todos modos, hay muchas clases de ignorancia. Por ejemplo, ignoramos qué somos, de dónde venimos y adónde vamos. Pero eso ya es una materia de estudio verdaderamente compleja…, supongo. Y digo supongo porque a lo mejor resulta que todo es sencillísimo, y que lo único que necesitamos es que alguien nos lo explique. Luego, hay ignorancias menores, pero que crean infelicidad en la Humanidad: ignoramos muchas cosas, como por ejemplo, qué es el fuego, cómo aliviar un resfriado, qué son las Matemáticas en su origen, cómo alimentarnos en verdad adecuadamente, cómo utilizar nuestro propio cuerpo de acuerdo a sus verdaderas facultades, cómo podríamos conseguir unas relaciones humanas verdaderamente satisfactorias para todos…

Sonó la llamada a la puerta del despacho de Grogan, y éste, que escuchaba fascinado a Brigitte, frunció el ceño. Estuvo a punto de negar la entrada a quien fuese, pero recordó que para un visitante ordinario, su secretaria habría recurrido al intercomunicador para anunciarlo. No era, pues, un visitante ordinario.

—Pase —gruñó.

La puerta se abrió, y el visitante entró. No era ordinario, ciertamente.

Minello alzó los brazos al cielo, como pidiendo ayuda.

—¡Estamos perdidos! —gimió—. ¡El buitre comedor de carroña!

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, le dirigió una mirada levemente irritada, mientras saludaba:

—Buenos días… a casi todos.

—Tío Charlie, qué sorpresa —se sorprendió realmente Brigitte—… ¿Es una visita social?

—No. Hola, Grogan.

—Hola —murmuró éste, mirando a Brigitte.

También Minello se olvidó de sus bromas de siempre para mirar enseguida a Brigitte, que había palidecido ligeramente. Pitzer se dio cuenta de la tensión que había creado, y se apresuró a deshacer el equívoco.

—No, no, no se trata de eso: no han matado a ningún Simón, Brigitte.

—¡Maldito sea! —exclamó Minello—. ¡Vaya susto nos ha dado!

—Lo siento —masculló Pitzer.

Brigitte, que había recuperado el color ante la noticia de que no habían asesinado a ninguno de sus queridos Simones, sus compañeros de la CIA, consiguió sonreír, y señaló uno de los sillones a Pitzer.

—Siéntese, tío Charlie. Pero dígame enseguida: ¿ha venido a buscar a Brigitte Montfort o a la agente Baby?

—A la agente Baby.

—¡Ya estamos otra vez en marcha! —Protestó Minello—. Pero hombre, maldito sea: ¿es que no tiene a nadie más a quien recurrir, es que tiene que recurrir siempre a Brigitte?

—En realidad, sólo se trata de una… consulta. Bueno, un cambio de impresiones, más que nada.

—¿Eso significa que Brigitte no tendrá que viajar? —Mostró su esperanza Minello.

—Ella lo decidirá.

—Veamos de qué se trata —dijo Brigitte—, y luego cambiaremos impresiones, tío Charlie. ¿Qué ha sucedido y dónde?

—Han secuestrado en París o un joven teniente de la USAF llamado Spencer Lindon. O lo han secuestrado, o lo han asesinado… Lo indiscutible es que ha desaparecido.

Frank Minello y Miky Grogan quedaron atónitos mirando a Pitzer.

¿Para eso recurría la CIA a la agente Baby? Aparte de que ya

existían los servicios militares de inteligencia, ¿qué importante cuestión de espionaje podía sugerir el secuestro de un joven oficial de las Fuerzas Aéreas?

—¿Qué hacía el teniente Lindon en París? —preguntó Brigitte.

—Estaba en viaje de luna de miel.

—¡Zambomba! —Exclamó Minello—. ¡Eso sí es una putada!

—¿Qué dice la esposa? —se interesó Brigitte.

—También ha desaparecido. Los dos.

—Al menos, están juntos —dijo Minello—, así que podrán continuar su luna de miel.

—Ese joven teniente… ¿hacía algo especial, aparte de las actividades propias de la luna de miel? —preguntó Brigitte.

—No. Nada en absoluto: sólo luna de miel. El teniente Lindon tiene veintidós años, y es un brillante militar de carrera. Es hijo del fallecido coronel Henry Lindon, y nieto del también fallecido Spencer Lindon, que se había retirado con el grado de general. Spencer Lindon I, es decir, el abuelo del teniente Lindon, fue uno de los oficiales que hace treinta y cinco años intervino en actividades burocráticas en el Juicio de Nuremberg.

De nuevo causó el pasmo Pitzer con sus palabras. Esta vez incluso en Brigitte, que quedó un instante boquiabierta.

—¿Se refiere al Juicio de Nuremberg realizado por los Aliados de la Segunda Guerra Mundial contra los criminales de guerra alemanes? —susurró por fin.

—En efecto —asintió Pitzer.

—Caramba… ¡El teniente Lindon ni siquiera había nacido entonces, claro! Pero si usted menciona el Juicio de Nuremberg debe de ser porque cree que está relacionado con la desaparición del muchacho, ¿no es así, tío Charlie?

—Antes que el teniente Lindon desaparecieron no hace mucho otros tres militares —murmuró el jefe de la CIA en el Sector New York—… Uno de ellos, francés, es el teniente coronel Jules Landoy; en este caso hubo una muerte… El cadáver de una bella joven fue hallado en un chalé que el teniente coronel Landoy había alquilado para pasar unos días en la Costa Azul francesa, concretamente en un pueblecito llamado La Garonnette, cerca de Saint Tropez. El teniente coronel Landoy está casado, tiene sesenta y tres años, y un hijo de cerca de cuarenta, que también es militar, concretamente

comandante del ejército francés. El hijo se llama Adrien Landoy…, es decir, como su abuelo, el que en la Segunda Guerra Mundial fue el comandante Landoy, uno de los militares que, por parte francesa, intervinieron de un modo u otro en el Juicio de Nuremberg.

—Lo que yo he entendido —dijo Minello— es que ese teniente coronel francés desaparecido estaba en un chalé gozando de una jovencita con aventuras extramatrimoniales. ¿Cierto?

—Sí —asintió Pitzer—. La cosa ha quedado clara en ese sentido. Se armó en Francia un poco de revuelo, pero la cuestión que realmente preocupa es la desaparición del teniente coronel Landoy, no sus aventuras con una jovencita.

—¿Quiénes más han desaparecido? —susurró Brigitte.

—Los otros dos son británicos. Padre e hijo. El padre se llama Owen Dickson-Palmer, y tiene cincuenta y siete años. Estaba retirado del ejército británico con el grado de general. El hijo tiene al grado de coronel, a sus treinta años. Su nombre es Edgar Dickson-Palmer; desapareció en Palma de Mallorca, España, durante unas vacaciones en busca de sol. El padre desapareció en la propia Londres y sin dejar el menor rastro. Ambos son descendientes del general Scott Dickson-Palmer, actualmente retirado, y que ya era general cuando la Segunda Guerra Mundial, de modo que formó parte del Tribunal en el Juicio de Nuremberg.

—Es decir —deslizó lentamente Brigitte—, que están desapareciendo militares descendientes de militares que, de un modo u otro, intervinieron en el Juicio de Nuremberg.

—Exactamente. Cuando supimos de las desapariciones de los Dickson-Palmer, padre e hijo, la cosa, simplemente, fue tenida en cuenta. Luego, cuando desapareció el teniente coronel Jules Landoy, nos llamó la atención. Y ahora, al desaparecer nuestro joven teniente, nos hemos puesto a trabajar, y hemos llegado a esa sorprendente conclusión que relaciona a los militares desaparecidos.

—Bueno, también hubo rusos en el Juicio de Nuremberg —murmuró Brigitte—… ¿Ha desaparecido algún militar ruso que estuviera personalmente en el Juicio, o quizás alguno de sus descendientes…?

—Que nosotros sepamos, no. Pero puede suceder de un momento a otro. Y la verdad, el momento es malo para que aceptemos sin hacer nada la desaparición de militares aliados.

—Los rusos no son aliados nuestros ahora —dijo Minello.

—Eso nunca se sabe —deslizó Brigitte.

—¿Qué?

—Nada, tonterías. Bueno, tío Charlie, realmente el caso resulta… chocante. Creo que la OTAN está… estudiando las conveniencias de instalar un mayor poderío bélico en Europa, y que los rusos no lo ven con buenos ojos, naturalmente. ¿Debemos relacionar una cosa con otra?

—¿Usted qué opina? —La miró expectante Pitzer.

—¿Debo ser yo quien opine?

—Nos gustaría saber qué piensa al respecto.

—Bueno, si estuvieran desapareciendo militares de la OTAN sin ningún distintivo especial, cabría pensar en los rusos, pero lo cierto es que lo que relaciona unos con otros a los militares franceses, británicos y norteamericano desaparecidos es su ascendencia. Todos descienden de militares que participaron de un modo u otro en el Juicio de Nuremberg. Francamente, no veo a los rusos en esto.

—A ellos no les han secuestrado a nadie —musitó Pitzer.

—Es un caso extraño, realmente. Quizá sería conveniente que yo fuese a darme una vueltecita por París, ¿no le parece?

—Sería una buena idea, seguramente —asintió Pitzer—. Pero si va a París, tenga cuidado: las cosas están allí bastante complicadas en estos días.

—¿Debido a qué?

—Sabemos que los agentes israelitas están muy irritados. París está llena de ellos, buscando por todas partes.

—¿Buscando? ¿Qué es lo que buscan?

—Según parece, han desaparecido de París unos cuantos ciudadanos franceses, todos ellos de origen judío. Es posible que el número de desaparecidos se acerque a la veintena.

—¿Veinte franceses de origen judío desaparecidos? —murmuró Brigitte, entornando los ojos—… ¿No son demasiados?

—Nuestra oficina de París estima que quizá sean más.

—¿Todos de origen judío? ¿Todos?

—Sí. Por eso, los hombres del Shin Beth están que arden, removiendo París. Los israelitas no son para ser tomados a broma.

—Ya lo sé. ¿Es una situación de clara fricción? Quiero decir que si cabe temer un enfrentamiento directo entre los israelitas del Shin

Beth y nuestros compañeros de París, o los rusos, británicos, o, en fin, con agentes de otros servicios.

—De momento los israelitas sólo buscan a esos franceses de origen judío. Lo que decidan hacer si no los encuentran pronto no podemos saberlo, pero la situación es muy tensa en París. Por eso le he dicho que si va allá tenga mucho cuidado.

—¿Y por qué ha de ir Brigitte a París? —protestó Minello—. ¿Qué tiene que ver la CIA con esos judíos franceses, o con esos militares franceses o británicos desaparecidos? ¡Esto no es cosa de Brigitte! Y ni siquiera lo de nuestro joven teniente Lindon: ¡que se encargue de esa investigación el servicio de inteligencia militar, o el de la OTAN!

—Por una vez —dijo Grogan—, yo diría que Frank tiene razón.

—Es posible —admitió Brigitte; y de pronto, sonrió—. Pero ¿qué tiene de malo pasar unos cuantos días en París...? ¡Me encanta París! ¡*Oh, lá, lá,* París...!

Capítulo II

Treinta horas más tarde, es decir, a la tarde del día siguiente, un hombre se acercó a pie a la entrada principal del Museo del Louvre, mirando con curiosidad y simpatía a la preciosa muchacha rubia que, en la acera, paraguas en mano, parecía esperar a alguien. El hombre desvió la marcha, se plantó ante la rubia, y dijo:

—Fea lluvia.

Ella le miró divertida, y sonrió.

—Oh, no —rechazó—, a mí no me parece fea. La lluvia es bonita.

—Eso se puede decir cuando se tiene paraguas, como usted. Pero yo no tengo paraguas.

—Amigo mío, hay gente que carece de cosas bastante más importantes que un paraguas.

—Es cierto —sonrió el hombre—. Por otra parte, si bien no tengo paraguas, tengo un coche.

—Entonces, está muy mal que usted proteste. ¡Su queja es inadmisible, francamente!

—De acuerdo. ¿Ha tenido buen viaje desde USA?

Rieron los dos. El hombre se cobijó bajo el paraguas, tomó de un brazo a la rubia, y la llevó hacia el borde de la acera. Un automóvil se acercó, se detuvo ante ellos. El hombre abrió la portezuela de atrás, la cerró cuando la rubia hubo entrado en el asiento posterior, y él se acomodó en el asiento delantero, junto al chófer, que estaba vuelto para poder ver bien a la rubia. En el asiento de atrás había otro hombre, que tendió la mano a la muchacha.

—Es un placer volver a verla, Baby —dijo.

—Gracias. Lo mismo digo —miró a los dos embobados agentes de la CIA vueltos hacia ella en el asiento delantero, y les tiró unos besitos con los dedos—… Besos para todos.

Los dos Simones se echaron a reír. La rubia miró a su compañero

de asiento.

—Fea lluvia —dijo.

Ahora rieron los tres agentes de la CIA. Simón-París, jefe del espionaje americano en la capital francesa, se dijo que las cosas iban a cambiar. Siempre cambiaban cuando Baby aparecía en escena, todo tenía otro sabor, otro aire; las cosas parecían menos malas, menos difíciles, menos preocupantes. La última vez que había visto a Baby fue cuando el asunto de Jomeini…

¡Qué diferentes habrían sido las cosas si Baby no hubiera intervenido entonces!

—Sé lo que está pensando —murmuró la rubia, mirando fijamente a Simón-París—. Quizá nos equivocamos entonces, al evitar que matasen a Jomeini… pero lo cierto es que entonces evitemos lo que habría sido una atroz masacre en Irán. Esto, Simón, nadie podrá discutírnoslo nunca.

—Es verdad —asintió Simón-París—. Pero muchas veces he pensado que habría sido mejor que hubiéramos fracasado, y que se hubiesen cargado entonces a ese maldito chiflado[3].

—Yo también lo he pensado —admitió Brigitte—. Pero no soy adivina, y lo cierto es que entonces las cosas habrían sido peores si Jomeini hubiese sido asesinado en París. Bien, vamos a dejar eso, porque ya sucedió, y no podemos deshacer lo hecho. ¿Cómo está el asunto de los israelitas?

—Cada día peor. Están muy, muy, muy enfadados.

—¿Significa eso que no han sido hallados esos judíos desaparecidos en París?

—Exactamente. Según informes dignos de todo crédito, son veintidós franceses de origen judío los que han desparecido.

—Veintidós… De acuerdo. ¿Sabemos quién dirige a los colegas del Shin Beth?

—Un tal Gat Singer, enviado expresamente para este asunto desde Tel Aviv. Un sujeto de cuidado, según parece. Tenemos algunas fotografías de él, y, naturalmente, hemos conseguido para usted las de todos los militares desaparecidos. ¿Quiere verlas ahora?

Baby asintió. Simón-París le entregó un sobre, y encendió la luz del interior del coche. No sólo la lluvia, sino la noche ya inminente oscurecía la ciudad. Se circulaba ya con las luces de posición encendidas.

Las fotografías del agente del Shin Beth, Gat Singer, eran buenas. Mostraban a un hombre de unos treinta y cinco años, de facciones duras, pero correctas; ojos claros, nariz recta, boca grande de labios delgados, expresión resuelta, casi fría. Un mechón de sus rubios cabellos caía sobre la frente, amplia, bien curvada. Brigitte movió la cabeza con un gesto de agrado: cuando menos, Gat Singer era inteligente, lo que contribuiría no poco a evitar complicaciones. En una situación como la actual, un hombre menos frío y menos inteligente que Gat Singer sólo habría servido para complicar las cosas.

Luego, miró las fotos de los militares desaparecidos. Primero, las del joven teniente americano Spencer Lindon: un muchacho de aspecto abierto, simpático, cabello bien recortado, ojos oscuros, sonrientes…

—¿No tenemos fotografías de su esposa?

—Las estamos esperando de un momento a otro.

De nuevo asintió Brigitte. Más fotografías. Se quedó mirando el rostro en colores de Jules Landoy, el más que maduro teniente coronel francés que se había ido de juerga a La Garonnette con una jovencita y había desaparecido del chalé…, dejando allí el cadáver de la muchacha. Había fotografías del cadáver de ésta, y una breve explicación de las causas de su muerte: tres balazos en el abdomen y uno en el corazón. Jules Landoy, el maduro amante, era atractivo sin lugar a dudas, con sus sienes canosas, su rostro agradable, su expresión inteligente y asequible.

Luego, examinó las del general Owen Dickson-Palmer y las de su hijo, el coronel Edgar Dickson-Palmer. Se parecían mucho, evidentemente. Ambos eran rubios, de ojos claros, nariz fina, boca fina, mandíbula poderosa, mirada viva y directa.

—Están muy bien —elogió Baby las fotografías, devolviéndolas —. Gracias. ¿Continúa Vichenko como jefe de los rusos en París?

—Durante unas semanas, lo cambiaron —sonrió irónicamente Simón-París—, pero en cuanto se dieron cuenta de que yo seguía al mando de nuestra station, lo hicieron regresar. Naturalmente, pensaron que si la CIA mantenía en París al mismo jefe, viejo zorro de esta ciudad, ellos no tenían por qué prescindir de un veterano como Vichenko nada menos que en un enclave como París. De modo que nuestro viejo amigo del asunto de Jomeini, Dimitri

Vichenko, está en París.

—Eso me satisface mucho —sonrió Baby—. Quisiera cenar algo ahora. Y mientras, vean de hacer llegar a Vichenko mi petición para una entrevista a solas, y cuanto antes. Si puede ser, esta misma noche.

—¿Dónde?

—Donde él quiera.

* * *

Dimitri Vichenko no había cambiado nada, cosa en absoluto sorprendente en un hombre de su edad: se cambia poco de los cincuenta años a los cincuenta y uno. Alto, moreno, hombros anchos, manos enormes, vigilante su clara mirada. La MVD tenía en aquel veterano uno de sus mejores y más eficaces hombres, por mucho que la CIA lo tuviera identificado: un león siempre es un león.

Entró reposadamente en el destartalado y casi desagradable bar barato de la Avenue Clichy, su mirada localizó enseguida a la bella rubia sentada ante una mesa bebiendo coñac, y se fue directo hacia ella. Brigitte no se movió, y él no tendió la mano. Simplemente, se sentó ante ella, y pidió por señas un coñac a un camarero.

Luego, murmuró:

—Me satisface volver a verla.

—Gracias, Dimitri. Lo mismo digo, sinceramente.

Dimitri Vichenko asintió. Sabía que, en efecto, la espía americana era sincera. No dijo nada hasta que le trajeron el coñac y hubo bebido un sorbo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó directamente.

—¿Les afecta en algo a los rusos el asunto de los israelitas?

—¿En qué sentido podría afectarnos?

—Dimitri, por favor.

El ruso sonrió ceñudamente.

—No —negó—. No nos afecta, en nada. No tenemos nada que ver con ese asunto.

—Me lo figuraba. Y también me figuro que están ustedes al corriente de otras desapariciones.

—¿Cuáles desapariciones, concretamente?

—Concretamente, las de un joven teniente americano llamado Lindon, Spencer Lindon; las de los británicos general Owen Dickson-Palmer y el coronel Edgar Dickson-Palmer; las del teniente coronel francés Jules Landoy. ¿Saben algo de esto?

—Sabemos que han desaparecido, desde luego.

—Pero tampoco tienen nada que ver con esto.

—No.

—De acuerdo. ¿A quién han perdido ustedes?

Vichenko miró vivamente a la espía americana.

—¿Qué dice? —masculló.

—Dimitri, han desaparecido cuatro militares descendientes de militares que, de un modo u otro, participaron en el Juicio de Nuremberg: un norteamericano, dos británicos, un francés. ¿Sabía usted que también participaron militares rusos en ese juicio?

—No veo a qué viene esta ironía —gruñó Vichenko—: claro está que sé eso.

—En ese caso, podrá usted seguir la línea de mis pensamientos. Fíjese bien: un norteamericano, dos británicos, un francés… ¿Por qué no un ruso? Junto con Estados Unidos, Reino Unido y Francia, Rusia formó la parte más importante de aquel Juicio. ¿No les falta ningún militar descendiente de los militares rusos que estuvieron en Nuremberg? Si no quiere contestar, dígalo claramente. Prefiero eso a una mentira, Dimitri.

—Es usted… sorprendente. Y admirable. ¿Qué cree que está pasando realmente?

—A todo lo que he dicho, sume usted la desaparición de veintidós franceses de origen judío; seguramente, muchos son sobrevivientes del éxodo de Alemania durante la Segunda Guerra, y otros son descendientes de aquéllos. ¿No relaciona usted una cosa con otra?

Los claros ojos de Dimitri Vichenko permanecían fijos en los de la espía más audaz, implacable y astuta del mundo. El ruso no se llamaba a engaño al respecto, no tenía dudas. Sabía a quién tenía delante. Y sabía también cuál era la carta que siempre jugaba aquella mujer: la de la concordia…, mientras fuese posible.

—¿Usted las relaciona? —murmuró.

—Todavía no lo sé. Me falta un dato. Y se lo estoy pidiendo a usted.

Vichenko reflexionó rápidamente. Él no sabía nada respecto a la desaparición de ningún militar ruso, pero eso no significaba que tal hecho no hubiera sucedido. ¿Y si había sucedido? ¿Y si un militar ruso había desaparecido también? En ese caso, trabajar con Baby en su búsqueda era una garantía de triunfo muy digna de ser tenida en cuenta.

—¿Le importa que vaya a telefonear?

—Claro que no —aceptó Brigitte—. Haga lo que tenga que hacer.

—La respuesta puede demorarse una hora o dos. Quizá tres.

—No tengo ninguna prisa.

Dimitri Vichenko se puso en pie, tras beber otro sorbo de coñac. Luego, sin más explicaciones, abandonó el bar. Baby miró su relojito de pulsera.

Eran las ocho menos veinte de la noche. Encendió un cigarrillo.

A las nueve y cinco, Dimitri Vichenko entró de nuevo en el bar, se sentó ante la espía americana, y bebió otro sorbo de coñac, sin mirar a Baby. La miró de pronto.

—General Vladimir Pugachev —susurró.

—Gracias —la divina espía no hizo gesto alguno de triunfo o de endiosamiento—… ¿De verdad no lo sabía usted?

—No lo sabía. Y he tenido que presionar en el sentido de ofrecer una posible pista sobre el paradero de cualquier militar ruso desaparecido para que desde Moscú hayan autorizado que se me facilitara esa información.

—De modo que ha desaparecido el general Pugachev, pero lo mantenían bien en secreto… ¿Cuándo desapareció?

—Hace dieciséis días. El general Pugachev vivía solo, retirado en una casita cerca del Mar Negro. Tiene ochenta y cinco años. Es decir, si aún está vivo.

—¿No tiene familia?

—No. Fue uno de los muchos rusos que quedaron solos debido a la incursión alemana en Rusia. Nunca se volvió a casar, no tenía hijos, ni familia… ¿Qué está pasando?

—Lo ignoro…, por el momento. ¿Sabe si compañeros de usted están buscando por algún sitio concreto al general Pugachev?

—Claro que lo están buscando.

—¿Por dónde?

—Eso no lo sé, pero no creo que hayan llegado hasta París, ya que en ese caso se me habría informado y dado órdenes sobre el particular.

—Claro. Bueno, entiendo que no tienen ninguna pista que valga la pena.

—No, ninguna. ¿Y usted?

—Tampoco. El general Dickson-Palmer desapareció en Londres. Su hijo, en Palma de Mallorca. El teniente coronel Landoy, en La Garonnette, al sur de Francia. Mi compatriota, el teniente Lindon, aquí, en París, con su flamante esposa… Acabo de llegar a París, así que no he tenido tiempo de hacer nada, salvo hablar con usted.

—¿Qué más piensa hacer?

—¿Está sugiriendo un trato entre nosotros, Dimitri? —sonrió Baby.

—Sería un necio si no lo hiciera. Podemos juntar las informaciones de la CIA y la MVD, y quizá consigamos algo. Ya sé que a usted un triunfo más la deja sin cuidado, ya no necesita esas cosas. Pero para mí, un triunfo en ese sentido podría ser muy conveniente. Y no creo que a usted la perjudicase.

Brigitte Baby Montfort asintió. Se inclinó hacia un lado, agarró el maletín que había tenido junto a la silla, y lo colocó sobre la mesa. Sacó una pequeña radio de bolsillo, movió las placas que determinaban las ondas de comunicación, y la empujó hacia el ruso, que la observaba con curiosidad.

—Estaremos en contacto —dijo—. Gracias por todo, Dimitri.

—¿Se va usted?

—Tengo muchas cosas que hacer.

El ruso se guardó la radio, preguntando:

—¿Puedo llamarla a cualquier hora?

—A cualquiera. Pero si no le contesto a la tercera señal, no insista, y espere que le llame yo. Buenas noches, Dimitri.

Se puso en pie. El ruso la imitó. Titubeó un momento.

—Siento haberla citado en un sitio como éste —murmuró.

—No me importa. Si a usted le va bien, a mí también. Pero sería grotesco que al salir de un local tan repelente como éste, la agente Baby fuese acribillada a balazos.

—Sí —sonrió Vichenko—: sería grotesco; usted merece una muerte mucho más… mucho más…

—¿Espectacular?

—Más digna.

—Eso es muy amable por su parte.

Eso fue todo.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, salió del mugriento bar, y se alejó, tranquilamente. Por supuesto, no hubo atentado alguno contra su vida. Quizás algún día Dimitri Vichenko y Baby se enfrentasen a muerte, pero eso sería otro cantar. Hasta entonces, todavía había clases. Era reconfortante tratar con espías de categoría, no con carniceros torpes y vulgares.

Menos de un minuto más tarde, el coche se detenía junto al bordillo cerca del cual caminaba la bella rubia. Ella entró, sentándose junto a Simón-París, y el coche reanudó la marcha.

—¿Desde dónde telefoneó Vichenko? —se interesó.

—Desde un teléfono público. Luego se dedicó a pasear, y volvió a llamar, media hora más tarde… Llamó otras tres veces antes de que volviera a entrar en el bar.

—¿Saben a qué número llamó?

—No pudimos acercamos tanto. ¡No es ningún tonto! De todos modos, ¿adónde había de llamar, sino a su Embajada? Bien: ¿qué hacemos ahora?

—Quiero enterarme de todas las circunstancias de la desaparición del teniente Spencer Lindon. Quizás encontremos algún indicio.

Simón-París la miró sorprendido.

—¿Algún indicio? No hay ninguno, no hay nada… Creí que lo sabía: simplemente, el teniente Lindon y su esposa salieron del hotel, para cenar por ahí y luego asistir a algún espectáculo…, y ya no regresaron. No hay indicio alguno. Nada.

—¿Y en su habitación del hotel?

—La inteligencia militar se encargó de eso… Tengo un amigo en ese servicio, y estuvimos posteriormente conversando sobre el caso. No encontraron nada de nada. Es decir, lo normal: ropa, algo de dinero, folletos de viaje… Nada. No tuvieron llamadas telefónicas, ni ellos llamaron a nadie. No hay ninguna pista, Baby.

—¿Y respecto a los británicos y al francés?

—Hemos realizado algunos acercamientos, para intercambiar información y opiniones, pero el resultado ha sido nulo. Todos los

secuestros, o quizás asesinatos, han sido realizados de un modo perfecto, sin dejar pista alguna.

—¿Asesinatos? ¿A cuáles se refiere? Que yo sepa sólo se ha producido uno: el de la muchacha que estuvo con el teniente coronel Landoy en La Garonnette…

—Oh, bueno, me refiero a tanta gente desaparecida, tanto los militares como esos veintidós civiles de origen judío: quizá los hayan asesinado.

Brigitte Montfort movió negativamente la cabeza.

—No. No lo creo. Si se tratase de asesinar a todas esas personas no se habrían tomado tantas molestias. Simplemente, como hicieron con la muchacha que acompañaba a Landoy, los habrían acribillado y habrían dejado los cadáveres a la vista. ¿Era de origen judío la muchacha amante del teniente coronel Landoy?

—Que nosotros sepamos, no.

—Claro. Sólo quieren judíos… o militares de los Aliados, tanto los que estuvieron en Nuremberg como sus descendientes.

—Me pregunto para qué.

La bellísima rubia entornó los párpados.

—¿De verdad no se le ocurre nada, Simón?

—Pues no. ¿Y a usted?

—Yo estaba pensando en una venganza.

—Sí, es posible. Pero para vengarse, basta matar. Bueno, ¿cómo ha ido la conversación con Vichenko?

—Muy bien. Es un hombre inteligente, agradecido… y sobre todo, astuto. Sabe sacar partido de las situaciones. Nos hemos aliado.

—¿Se fía usted de él?

—Tanto como él de mí —rió Baby—. Oh, no se preocupe, no vamos a tener problemas con los rusos para este asunto.

—¿Les han secuestrado a ellos algún militar?

—En efecto: el general Vladimir Pugachev.

—Vaya… Parece que tenemos el cuadro completo, ¿verdad?

—Digamos que bastante definido. Simón, necesito un pequeño apartamento, en un sitio discreto, con teléfono…

—Puedo proporcionarle un chalé en…

—No, no. Quiero un apartamento en París.

—Tenemos uno en la Rue de la Paix, cerca de la Place Vendôme.

—Perfecto…, siempre y cuando no haya sido utilizado anteriormente.

—No hay problema.

—En ese caso, llévenme allá. Llamaré primero a mi hotel, para indicar que pasaré fuera unos días, pero que conservo la habitación. Luego, haré algunas llamadas, incluida una a Londres. Tengo allá un viejo amigo que quizá pueda aportar alguna pista. Por la mañana quiero saber cuáles son los pasos de Gat Singer en París, y, si es posible, cuáles son las probabilidades de acercarse a él sin previo acuerdo.

—¿Quiere decir sin que él se dé cuenta?

—Quiero decir sin que él sepa que Baby está interviniendo en esto.

—Le pasaré un informe a las diez de la mañana.

—De acuerdo. Supongo —se echó a reír— que no nos están siguiendo los rusos.

—No hay cuidado —dijo el agente de la CIA que conducía el coche—: ya nos estamos asegurando de eso.

—Me alegro —dijo la divina espía—: siempre es desconsolador cerciorarse de que nuestros colegas juegan sucio.

—Nosotros lo hemos hecho —dijo Simón—: hemos estado vigilando a Vichenko mientras él debía de estar convencido de que no era así.

—Bueno, en ese caso le toca a Dimitri Vichenko estar desconsolado, ¿no?

Los tres espías se echaron a reír.

Capítulo III

El primer contacto con el espía israelita Gat Singer se produjo hacia las cuatro de la tarde, y fue solamente visual. Singer se entrevistó con otro hombre en una pequeña pinacoteca, y, casualmente, por un segundo, su mirada se cruzó con la de la hermosa muchacha rubia que dedicaba su tiempo a contemplar cuadros.

El segundo contacto, fue a las siete y cuarto, cuando el espía israelita entró a cenar en un restaurante barato sito en la Rue St. Dominique. Los claros ojos de Gat Singer relucieron cuando, apenas se había sentado él a la mesa elegida, la misma muchacha vista en la pinacoteca entró en el restaurante.

Gat Singer tenía sólo treinta y cinco años, lo que para un espía resulta normalmente una edad excesivamente corta para tener una experiencia adecuada; pero como compensación a su corta edad, Singer había sido entrenado intensivamente y había probado ya su valor y su inteligencia en varias misiones de importancia tanto en Europa como en Egipto, Irán, Líbano, y hasta en la propia Israel. Pretender engañarlo era una tontería, sobre todo de un modo tan burdo. Singer comprendió en el acto que la muchacha andaba tras él y que, ciertamente, ella no se preocupaba demasiado por el hecho de que él se diese cuenta.

Muy bien.

La rubia se sentó a una mesa cercana a la de Singer, y pidió también su cena.

Cuando el camarero se alejó con el pedido, ella se disponía a encender un cigarrillo. Y fue entonces cuando le llegó la voz de Gat Singer, en perfecto francés:

—¿Aceptaría un aperitivo mientras esperamos la cena?

Lo miró. Él la contemplaba con el ceño ligeramente fruncido, intentando una sonrisa. Era un hombre atractivo, sin duda alguna. Así que la rubia sonrió.

—¿Por qué no? —aceptó.

—Lo correcto es que vaya yo a su mesa, ¿verdad?

—Por lo menos, es más amable —asintió Baby.

Gat asintió, se puso en pie, y fue a sentarse a la mesa de la espía americana, frente a ella. Pidió por señas un aperitivo, señalando una estantería tras el mostrador. Luego, miró a Baby, que había encendido por fin el cigarrillo.

—Me parece que nos conocemos —murmuró—… Tengo la impresión de haberla visto antes. ¡Y le aseguro que no es un truco para ligar!

—No lo necesita, puesto que ya ha ligado —rió ella—. Y en efecto, nos hemos visto antes: en la pinacoteca.

—Ah, sí… Sí, sí, sí, ahora recuerdo. ¡Qué casualidad!

—De ninguna manera —negó sonriente la rubia—: no fue casualidad antes ni lo ha sido ahora.

—¿De veras?

—De veras, señor Singer.

Los labios de Gat se apretaron un instante. El camarero llegó con dos copas con aperitivo…, que no era el que había pedido el israelita, pero los aceptó; eran los inconvenientes de pedir las cosas por señas.

—Al parecer, me lleva usted ventaja —murmuró.

—Podemos igualar esa ventaja enseguida: mi nombre es Brigitte Bierrenbach.

—¿Bierrenbach? —Gat se detuvo en el gesto de llevarse la copa a los labios—. No parece un apellido muy francés.

—Sólo soy francesa de nacimiento. Mis padres eran judíos alemanes, que escaparon de Alemania una semana antes de la invasión de Polonia.

—En ese caso, quizás hable usted alemán.

—Tan bien como el francés. Creo que ése es uno de los motivos por los que el SDECE aceptó mis servicios inmediatamente que se los ofrecí.

Gat Singer iba sintiendo cada vez mayor interés por la bellísima rubia. Interés, y admiración por su aplomo.

—¿Trabaja usted para el espionaje francés? —susurró.

—Sí. Aunque, realmente, mis cometidos suelen ser más bien de contraespionaje, señor Singer.

—¿Y me está contraespiando a mí? —empezó a sonreír Gat.

—Exactamente.

—Bueno, no se ofenda, pero yo diría que no lo hace usted excesivamente bien, *Fräulein* Bierrenbach.

—Ése es su punto de vista. Debo decirle que cada uno trabaja a su manera. Mi modo de trabajar es muy simple: nunca pierdo el tiempo. Si usted hubiera sido un ruso, o un alemán, por ejemplo, mi sistema habría sido muy diferente. Pero, señor Singer, los dos somos judíos, y sería una necedad complicar las cosas entre nosotros.

—El hecho de que se llame usted Bierrenbach no me garantiza que sea judía. El apellido es netamente alemán, y podría ser perfectamente el de un maldito y redomado nazi. Por otra parte, como comprenderá, no tengo por qué creer a pies juntillas que se llame usted Bierrenbach.

—Muy razonable. Mire, señor Singer, yo le llevo a usted una gran ventaja en este asunto: sé quién es, y qué está buscando en París. El SDECE, considerando la importancia del asunto, ha decidido mostrarse tolerante con usted, y dejarle hacer. Pero las cosas se están poniendo un poco desagradables. Es usted… demasiado iracundo. Y excesivamente orgulloso. ¿Qué le impide trabajar en colaboración?

—¿Con el SDECE?

—¿Por qué no? La mayoría de esas veintidós personas de origen judío desaparecidas son ciudadanos franceses. Nosotros también las estamos buscando. ¿Qué tendría de absurdo una relación amistosa entre usted y yo?

—De absurdo, nada. Sólo sería sorprendente. ¿Qué es lo que puede usted aportar a esta… relación amistosa?

—Si se refiere a alguna pista, nada. Pero sí puedo aportar mi buena voluntad, y mi oferta de colaboración si las pistas de ustedes son mejores que las nuestras.

—¡Oh, vamos…! Estamos en Francia, ¿no es cierto? ¿Cómo habría de conseguir yo una pista que no pudiese conseguir el SDECE francés?

—Usted es judío, y sabemos que ha estado investigando en círculos judíos a los que nosotros, ni siquiera yo, tenemos acceso.

—Ajá… ¡Ya hemos llegado al meollo del asunto! De modo que eso es lo que quiere usted: que la informe de todo cuanto he

averiguado en los círculos judíos que para el SDECE son impenetrables.

—Exactamente.

—Su sinceridad, señorita, es sólo comparable a su… desfachatez. ¿Realmente me ha abordado con la pretensión de que yo la informe de mis investigaciones en los círculos judíos de París?

—Ésa es mi pretensión. Le supongo enterado, señor Singer, de que han sido… escamoteados algunos militares que estuvieron en el Juicio de Nuremberg; o ellos, o sus descendientes, han desaparecido. Hasta anoche, eran en total cinco. Anoche tuve un contacto con un… amigo de Londres, y me informó de que ha desaparecido otro viejo militar británico retirado, *Sir* Arthur Follingsbee. Y también en Francia ha desaparecido otro militar, el general Richard Malmet, un anciano de noventa años que prácticamente ni se acordaba de que hubo alguna vez una guerra. Los servicios de seguridad militar americanos están vigilando estrechamente a sus militares que estuvieron en Nuremberg, o a sus descendientes. A los rusos les ha desaparecido también un viejo general, y por tanto, si queda alguno más también deben de estar custodiándolo. ¿Sabía usted todo esto?

—No —pudo reaccionar el estupefacto israelita—… ¡No lo sabía!

—Pues ya lo sabe.

—Escuche, tiene usted unos métodos… sorprendentes, *Fräulein* Bierrenbach.

—Sé que soy desconcertante en ocasiones, pero siempre he obtenido buenos resultados con mis métodos. Usted y yo no somos enemigos, usted sabe una cosa y yo sé otras… ¿Por qué hemos de estar los dos perdiendo el tiempo? Me atrevo a sugerirle que cabe la posibilidad de que mientras tal cosa sucede, posiblemente estén muriendo tanto militares Aliados como algunas de esas veintidós personas desaparecidas.

—No —murmuró Singer—… No están matando a nadie.

La rubia lo miró con vivo interés.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

Gat Singer se quedó mirándola fijamente tanto rato que Brigitte llegó a pensar que había quedado convertido en estatua. Por fin, el espía israelita extrajo su billetera, y de ella un papel doblado en

cuatro, que tendió a la espía americana. Ésta lo tomó sin decir palabra, lo desdobló, y vio el mensaje escrito en alemán, que leyó rápidamente, sin la menor dificultad. Cuando terminó, estaba pálida, y parecía incapaz de reaccionar.

Volvió a leerlo:

Cerdo judío:

Te tenemos vigilado, y estás vivo todavía porque vamos a utilizarte para nuestros fines. Pasamos a informarte, en primer lugar, de que, además de las veintidós escorias judías hechas prisioneras en París, tenemos otras 31 escorias capturadas en otros lugares de Europa, y que serán devueltas después del Juicio en Campo del Diablo previa entrega por parte judía de la cantidad de cien millones de dólares. Comienza a reunir esa cantidad, por supuesto en marcos alemanes. Pronto te será exigida.

Heil Reich!

Täufel-Kz

Además de la firma Täufel-Kz estaba dibujada la svástica, o cruz gamada, que por decreto de doce de marzo de mil novecientos treinta y tres había sido designada como bandera del Tercer Reich, y que pasó a ser el emblema nazi más característico.

Brigitte salió de su asombro y espanto.

—Cincuenta y tres personas —murmuró—… ¡Por el amor de Dios!

—Supongo —murmuró también Singer— que sabe usted lo que significa Kz.

—Desde luego. Kz era la sigla que se utilizaba como denominación para los campos de prisioneros, durante la guerra. Lo que significa que quien firma esta nota lo hace con el nombre de Campo de Prisioneros del Diablo, habida cuenta de que *Täufel* significa Diablo. Vamos, Singer, le aseguro que soy de origen alemán y francés, no debe desconfiar de mí. Aunque supongo que si me ha enseñado esta nota es porque ha decidido llegar a un acuerdo conmigo.

—Podría ser —deslizó fríamente Gat Singer—. Pero también podría ser una respuesta por mi parte, *Fräulein* Bierrenbach.

—No comprendo.

—Esta nota estaba en el casillero de mi hotel esta mañana. Iba dirigida a mi nombre, bien claramente, pero, claro, no constaba el nombre del remitente en el sobre, por lo que, simplemente, quedé informado, pero no capacitado para dar una respuesta. Pienso que quizás ahora podría darla.

—Ahora sí entiendo. Usted cree que yo puedo formar parte del grupo que firma como Campo del Diablo, y que estoy sondeando su actitud, su reacción ante esta nota.

—Podría ser, ¿no? Si así es, señorita, puede llevar mi respuesta, respaldada por Israel, a la nota: NO HABRÁ TRATO DE NINGUNA CLASE. Simplemente, el Shin Beth localizará a Täufel-Kz y lo destruirá…, caiga quien caiga.

—¿Incluso usted?

—Incluso yo. Y a propósito de mí, debo decirle que soy uno de los jefes más jóvenes y preparados del Wilatan[4], por lo que las personas que me han llamado cerdo judío deberán andarse con mucho cuidado si consigo la más pequeña pista que me conduzca hasta Täufel-Kz.

—Quedo informada de todo, señor Singer, para el caso de que forme parte del Täufel-Kz. Pero ahora, si le parece bien, hablemos como si no fuese así, como si yo fuese una agente del SDECE sinceramente dispuesta a colaborar con usted. ¿De acuerdo?

—Muy bien, hablemos en ese tono, en ese otro supuesto. ¿Es usted realmente del SDECE? Pues bien, esto es todo lo que tengo que decirle: nada.

—¿Nada? ¿Rechaza mi colab…?

—No lo ha entendido —se impacientó ligeramente Singer—: no tengo nada que decirle, porque no sé nada, no he conseguido nada, ni la más pequeña pista. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Cálmese, señor Singer.

—Tiene razón. Lo siento. En realidad, estoy calmado y sereno, pero no puedo dejar de pensar en esas cincuenta y tres personas Y quizás en estos momentos sean más. Muy bien: ¿sabe lo que estoy haciendo para conseguir una pista?

—¿Qué está haciendo?

—Me estoy ofreciendo como víctima propiciatoria. Salvo el contacto en la pinacoteca, para recibir el informe del día, no tengo otros contactos, ni me acompaña nadie para respaldarme. Estoy

caminando solo por París, a la espera de que se atrevan a atacarme o a hacer cualquier otra clase de contacto conmigo. ¡Sólo deseo eso!

—Pueden matarle —susurró Brigitte.

—Pueden intentarlo.

Les trajeron la cena. Durante unos minutos estuvieron cenando, en silencio. Dos mesas quedaron desocupadas. Entró un matrimonio en el restaurante. Luego, un hombre solo…

La mirada de la rubia se desplazaba lentamente de un lado a otro, viéndolo todo, fotografiándolo todo. Singer había pedido pescado de segundo plato.

Brigitte, carne de ternera con champiñones. Gat Singer manejaba con elegante habilidad los cubiertos para pescado.

—Y desde luego —dijo de pronto el israelita, alzando la mirada —, esos militares desaparecidos forman parte del juego. Espero que haya reparado usted adecuadamente en la palabra Juicio escrita en la nota.

—Sí. ¿Qué piensa usted al respecto?

—No me atrevo a pensar nada, porque siento escalofríos. Pero sé que esos militares forman parte del juego.

Brigitte cortó un trocito de carne. Estaba tierna…, pero los champiñones le parecieron insípidos. Menos mal que el vino era casi aceptable.

—Gat: ¿admitiría usted un consejo? —preguntó de pronto la espía.

—No creo —rechazó el israelita—, pero puedo escucharlo.

—Empiece inmediatamente a ocuparse en reunir marcos alemanes, en grandes cantidades…

—No pensamos pagar —cortó secamente Singer.

—Ya ha dicho eso antes —asintió fríamente Brigitte—, pero reunir dinero no significa que se vaya a entregar a nadie. En cambio, puede mantener engañadas a algunas personas durante algún tiempo, aunque sólo sea unos pocos días.

—¿Cree usted que está tratando con tontos, *Fräulein* Bierrenbach?

—No. Nunca creo eso. Pero si vamos entreteniendo la situación durante unos días, quizá mientras tanto podamos encontrar alguna pista.

Gat Singer dejó los cubiertos en el plato.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted? —preguntó.

—No hace falta eso. Puesto que se dedica usted a pasear por París a pecho descubierto, yo sabré cómo localizarlo cuando tenga algo que decirle… o preguntarle. ¿Comenzará a reunir marcos?

—Lo consultaré. ¿Café?

—Sí, por supuesto. Coñac, no. En un sitio como éste seguramente será malo. Parece que los espías estamos de capa caída.

—¿Qué quiere decir?

—Ayer también estuve charlando con un colega, y fue en un bar mugriento, donde el coñac era malo, pese a que la botella decía que era bueno. La etiqueta de la botella, quiero decir.

—¿Estuvo hablando con un colega? ¿Qué colega?

—Un colega ruso.

Gat Singer se quedó mirándola de nuevo fijamente, con creciente interés. Ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—De modo que es usted del SDECE, tiene amigos en Londres, conferencia con un ruso, luego conmigo… ¿Qué más?

—Bueno —sonrió Brigitte—, en realidad, señor Singer, no hay nada que yo no sea capaz de hacer.

—¿Habla usted ruso?

—Sí, naturalmente.

—Ya. ¿Inglés?

—¡Por favor, señor Singer…!

—Claro. O sea: francés, alemán, ruso, inglés… ¿Qué otros idiomas habla?

—Dos o tres más.

—Debe de ser usted una agente de primera categoría.

—Sin la menor duda, señor Singer.

—Está tratando de decirme que no necesita recurrir a pequeñas porquerías para hacer bien un trabajo importante, ¿no es eso?

—Exactamente eso —sonrió Baby.

—Bueno —suspiró el israelita—, de cuando en cuando es reconfortante trabajar en esas condiciones. No es corriente, claro.

—Yo siempre juego limpio… si los demás lo hacen.

—¿Y si no juegan limpio con usted?

—Les doy muy poco tiempo para arrepentirse.

—¿Sabe usted, *Fräulein* Bierrenbach, que he podido matarla mil

veces desde que entró en este restaurante?

Brigitte Bierrenbach Montfort, rubia y de ojos verdes en esta ocasión, ladeó la cabeza con un gesto simpático, y sonrió. Sólo hizo eso… pero Gat Singer experimentó la más fría y sobrecogedora sensación de toda su vida de espía profesional.

Cuando terminaron el café, Brigitte abrió su maletín, y sacó unos cuantos billetes franceses, observada con asombro por el israelita, que por fin masculló:

—Deje eso: me gustaría invitarla.

—Eso no entra en mis planes, señor Singer.

—¿Sus planes? ¿Qué planes? ¿Qué importancia puede tener para sus planes que yo la invite o no? ¡Es sólo un pequeño detalle!

—Los pequeños detalles, señor Singer, son los que dan realismo a la vida. Y por otra parte, jamás aceptaría invitación alguna de un cerdo judío como es usted.

Gat Singer palideció mortalmente, quedó como si jamás hubiese tenido una sola gota de sangre en su cuerpo. Pero cuando quiso reaccionar, cuando sus manos crispadas en el borde de la mesa se relajaron, la señorita Brigitte Bierrenbach ya había dejado unos billetes sobre la mesa, y labia salido del restaurante.

Llovía.

Brigitte sacó un impermeable de plástico del maletín, y se lo puso, sin perder de vista la salida del restaurante, por si Singer decidía reaccionar violentamente, cosa que habría estado justificada en verdad.

Pero cuando Brigitte consiguió con no poca fortuna un taxi delante mismo del restaurante, Gat Singer todavía permanecía en éste. La espía dio la dirección de la Place Vendôme, y se relajó. En verdad, a veces había que jugar fuerte, muy fuerte. Pero eso no importaba: lo que importaba eran los resultados de la jugada.

Minutos más tarde, se apeaba del taxi en la Place Vendôme esquina Rue de la Paix. Cuando caminó por ésta hacia el edificio donde estaba el apartamento facilitado por Simón-París, sus últimas dudas se desvanecieron: del coche que la había estado siguiendo se apeó un hombre, que fue tras ella a pie, mientras el automóvil circulaba lentamente, algo más retrasado. Perfecto. Magnífico.

Entró en el portal, se detuvo ante la hilera de buzones para correspondencia, y alzó al maletín, abriéndolo con dificultades al no

tener donde apoyarlo… El hombre apareció cuando estaba en tan indefensa posición. Respingó al verla allí, y se detuvo. Brigitte volvió la cabeza hacia él, y se quedó mirándolo. Acto seguido, reaccionó buscando algo frenéticamente dentro del maletín. El hombre volvió a respingar, y sacó del bolsillo del gabán la mano derecha, armada con una pistola.

—Quieta —dijo entre dientes—… ¡No haga nada más!

Brigitte quedó inmóvil. Sólo movió la cabeza, para volver a mirar al hombre, que se adelantó, sin dejar de apuntarla.

—Sólo queremos charlar unos minutos con usted —dijo—. No haga tonterías.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Cierre el maletín y salgamos de aquí. Nos están esperando afuera. Brigitte cerró el maletín, se volvió hacia el hombre…, y mientras con un golpe de maletín desviaba la mano armada, alzaba la pierna derecha, incrustando el pie entre las ingles del desconocido, que soltó un bramido y cayó de rodillas. Otro golpe de maletín lo derribó de espaldas, perdiendo la pistola. Brigitte dio media vuelta, y se lanzó escaleras arriba, pero, apenas estaba a la mitad del tramo, sonó tras ella la voz de otro hombre:

—¡Quieta, o disparo! ¡Vuelva aquí!

Se detuvo, y se volvió lentamente. El hombre al que había golpeado se estaba poniendo en pie, maldiciendo. El otro, junto a él, apuntaba firmemente a la espía más peligrosa del mundo…, que estaba haciendo su propio juego. El golpeado recuperó su pistola, y también la apuntó.

—¿No ha oído? —Gruñó—. ¡Baje!

La espía bajó lentamente. El segundo hombre señaló hacia el exterior.

—No haga más tonterías. Daremos un paseo en coche, eso es todo.

—Ese cerdo de Singer… —jadeó Brigitte.

Captó el leve desconcierto de los dos hombres, que no pudieron evitar cambiar una mirada, facilitando así que la espía continuara con su propio juego. En el momento en que parecía que iba a pasar entre los dos, alzó el codo derecho, y lo disparó lateralmente contra el pecho del hombre que estaba en este lado. Fue un impacto tremendo, que tiró al hombre de espaldas contra la pared del

vestíbulo, demudado el rostro. El otro pareció a punto de disparar, pero Baby soltó el maletín, asió su mano derecha apartándola de modo que el disparo no pudiera alcanzarla, y tiró de aquella mano, al tiempo que se inclinaba hacia las ingles del sujeto.

Éste lanzó un respingo cuando el hombro derecho de la espía se encajó entre sus ingles y al mismo tiempo la mano izquierda de Baby tiraba de su derecha, de modo que cayó de vientre sobre los hombros femeninos… Un instante después salía fortísimamente impulsado por el espectacular *kataguruma* de judo, ascendía más de dos metros, y caía en el centro del vestíbulo con espantoso batacazo que hizo temblar todos sus huesos.

Brigitte se volvió velozmente hacia el anterior, y le vio a punto de disparar, todavía con lágrimas de dolor en los ojos.

La espía desapareció de la línea de tiro. Se tiró al suelo, apoyó ambas manos en éste, e impulsó sus piernas hacia el hombre, en un paso de capoeira brasileña llamado «la patada a la luna»… Sólo que la patada no alcanzó a la luna, sino al rostro del sujeto, cuya cabeza pareció incrustada contra la pared. El hombre puso los ojos en blanco, y se desplomó hacia delante, mientras, en el suelo, el otro gemía, haciendo esfuerzos por incorporarse. Brigitte se inclinó, recogió su maletín, y corrió hacia la puerta.

Allí se encontró con el tercer hombre, pistola en alto, y se dijo que ya estaba bien. Cerró los ojos cuando la pistola descendió. Recibió el impacto en lo alto de la cabeza, cerca de la frente. Emitió un gemido y se desplomó hacia atrás…

Capítulo IV

Cuando abrieron el maletero del coche ya hacía varios minutos que había recuperado el conocimiento. La luz eléctrica le hizo cerrar los párpados.

—Salga de ahí —gruñó la voz masculina.

Lo hizo, guiñando los ojos para acostumbrarse a la luz, lo que consiguió rápidamente. Se movía con mucha más torpeza de la auténtica, parecía todavía aturdida y como derrotada. Los tres hombres estaban frente a ella, apuntándola con sus pistolas. Uno de ellos sostenía su maletín.

Fue este hombre el que dijo:

—Está viva de milagro. ¿Llamó cerdo a Singer?

Brigitte se pasó la lengua por los labios. ¡Ah, qué gran comedianta había perdido el mundo! En cambio, había ganado una inigualable espía.

—No —murmuró—… No, no…

—La oímos perfectamente —dijo otro de los hombres.

—No. No es cierto… No.

—¿Es amiga de Singer?

—Sí… ¡Sí, desde luego!

—¿Y llama usted cerdos a sus amigos?

Brigitte desvió la mirada hacia el suelo. Le dolía la cabeza, lo que era inevitable. Como suele decirse, el que algo quiere algo le cuesta. Se palpó el lugar golpeado, y gimió cuando sus deditos presionaron el chichón. Los tres hombres sonrieron divertidos.

Estaban en un garaje, pero no tenía la menor idea de dónde se hallaba éste. Era amplio, y además del coche que había seguido al taxi que ella tomó al salir del restaurante, había otro. Y había sitio para otros dos coches todavía… Una puerta lateral se abrió, y apareció un hombre vestido de oscuro, de rostro inexpresivo.

—Tenéis que esperar en la casa —dijo, en alemán.

—De acuerdo. Usted, camine… ¿Cómo se llama? Hemos registrado su maletín, pero no hemos encontrado identificación alguna. Lo que sí tenemos —sonrió— es su pistola. Bonito juguete. Bien: ¿cuál es su nombre?

—Brigitte Bierrenbach.

—¿Es alemana?

—Sí, claro.

—¿Judía?

—Sí, sí. Como Singer. Como ustedes.

Los tres hombres seguían sonriendo irónicamente, sin saber que la sonrisa interior de la espía era mucho más irónica que la de ellos.

—De modo que es judía… como nosotros, ¿eh?

—Sí…

—Qué bien. Bueno, entre en la casa.

Cruzó el umbral de la puerta, en pos del hombre vestido de oscuro, que parecía un criado de cierta importancia. Subieron un tramo de escaleras, a cuyo final había otra puerta, cruzada la cual se encontró Brigitte en un amplio y elegante vestíbulo. Con esto tuvo suficiente para comprender que se hallaba en una casa de alguna de las avenidas elegantes de París. No fuera de París, ya que oía el rumor del tráfico intenso de la ciudad…

Uno de los hombres estaba hablando aparte con el criado, seguramente mayordomo. Tras un par de minutos de conversación, el sujeto asintió, y se volvió hacia ella, señalando una de las puertas que daban al vestíbulo. Cuando entraron allí, Brigitte admiró en el acto el buen gusto regio del saloncito. El mayordomo salió, cerrando la puerta, de modo que quedó sola con los tres hombres. Se dejó caer en un sillón, y se tocó la frente con ambas manos.

—¿Qué le pasa?

—Me duele la cabeza. El golpe…

—Otto, ve a buscarle un analgésico a *Fräulein* Bierrenbach.

El hombre que primero había hecho contacto con Brigitte salió del saloncito. Regresó pronto, con un vaso de agua y un tubo de aspirinas. Brigitte ingirió dos; realmente las necesitaba. Sí, el que algo quiere algo le cuesta.

Cerró los ojos, recostada en el sillón… Nadie hablaba. El dolor de cabeza fue cediendo primero lentamente, y de pronto desapareció, pero Brigitte continuó con los ojos cerrados, como si se

hubiese dormido.

Poco después de las once, apareció otro personaje.

Interesante personaje. Alto, recio, barbudo, de unos cincuenta años, atractivo. Cuando se quitó el oscuro gabán dejó el descubierto su impecable, elegantísimo esmoquin. Era evidente que venía de alguna fiesta, quizá de un teatro, de la ópera… Sus cabellos eran más bien cortos, sus ojos oscuros, su boca apenas se veía, de labios finos, entre la tupida barba. El cabecilla del trío se apresuró a acudir a su encuentro, lo llevó a un ángulo del saloncito, y estuvieron cuchicheando allá tres o cuatro minutos. De cuando en cuando, el barbudo personaje dirigía una mirada sonriente a Brigitte.

Por fin, asintió con un gesto, y se acercó a ella.

—Me dicen que es usted judía, *Fräulein* Bierrenbach.

—Sí… En efecto.

—Y que es amiga de Gat Singer.

—Sí, sí.

—Como usted comprenderá, nosotros podemos saber eso por medio de una simple llamada telefónica, pero eso sería si fuésemos amigos de Singer también, tal como usted parece creer.

—¿No lo son? —Abrió mucho los ojos Brigitte.

—No, no lo somos. Ni usted tampoco. Uno de mis hombres presenció la despedida entre usted y Singer en el restaurante, y asegura que le dijo usted algo que lo dejó lívido de furia. Posteriormente, llamó cerdo a Singer. ¿Es cierto esto o no?

—¿Ustedes no son amigos de él?

—Ya le he dicho que no, *Fräulein* Bierrenbach. Más bien todo lo contrario, motivo por el cual tenemos sometido a Singer a una estrecha vigilancia. Y apareció usted. Al parecer, primero todo iba bien entre ustedes, pero la cosa terminó de modo desagradable… ¿Qué pasó?

—Le… le dije a Singer que era un cerdo judío.

—Ah. ¿Y usted dijo eso, siendo judía?

—Bueno… Realmente…

—¿No es judía, quizá? —sonrió el barbudo.

—Pues…

—¿Lo es o no?

Brigitte alzó de pronto orgullosamente la barbilla.

—No, no lo soy —dijo—. Soy de nacionalidad francesa y origen alemán, pero no judía.

—No se preocupe. Supongo que si antes dijo que lo era fue para predisponernos a su favor al pensar que nosotros sí lo éramos.

—Así es. ¡Y no me importa que me estén engañando! Llamé a Singer cerdo judío, ¡y eso es lo que pienso de él, y de todos los judíos!

El barbudo acercó un sillón, y se sentó frente a Brigitte, mirándola con gesto amablemente socarrón.

—Sin embargo, pese a pensar que Singer es un cerdo judío, estuvo cenando con él, y parecía que las conversaciones iban por buen camino. ¿Cuál fue el tema de la conversación?

—¿Quién es usted? ¿Quiénes son, qué quieren de mí?

—Mi nombre es Heinz Hessemann, *Fräulein* Bierrenbach. Ellos son amigos míos: Hans, Otto y Thomas. Alemanes, por supuesto. Verdaderos alemanes de la más pura raza aria. Como usted. Tenemos buen ojo para los judíos, y debo decirle que desde el primer momento usted no me ha parecido judía, ni por un instante. Pero estuvo con Singer, cenó con él, hablaron… ¿De qué hablaron, *Fräulein* Bierrenbach?

Brigitte titubeó todavía un par de segundos, antes de murmurar:

—Singer quería contratarme, como había hecho otras veces.

—¿Ha trabajado usted en otras ocasiones para él?

—Tres o cuatro. Le facilitaba algunas pequeñas informaciones, pero no aquí, en Francia, sino en otros sitios: Líbano, Irán, Grecia…

—Según parece es usted muy viajera, *Fräulein* Bierrenbach.

—Con los gastos pagados, es fácil.

—Ah, ya. ¿Y quién paga esos gastos?

—El SDECE.

Hubo un respingo colectivo en los cuatro hombres.

—¿Trabaja usted para el servicio de espionaje francés? —exclamó Heinz Hessemann.

—En líneas generales, sí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno… Mi familia es alemana, pero yo soy ciudadana francesa. Hace años, un hombre hizo contacto conmigo, y me hizo la propuesta de… agradecer a Francia la amabilidad que ésta había tenido para con mis padres al acogerlos. Me explicó por encima

algunos detalles, y comprendí que me estaba proponiendo trabajar de algún modo en el servicio secreto francés, aprovechando mis contactos alemanes. Le dije que me parecía una asquerosidad exigirme eso después de haber acogido a esos mismos alemanes que huyeron de la Alemania de Hitler y que nada habían tenido que ver con el nazismo, pero él arguyó que no se trataba de hacer nada que pudiera perjudicar a ningún alemán. Jamás me pedirían trabajo alguno que pudiese atentar contra la vida o seguridad de ningún alemán; sólo tenía que utilizar mis contactos para saber otras cosas. Me ofrecieron una buena paga. Y entre esto y las condiciones de no perjudicar nunca a ningún alemán, acepté. Se me asignó un nombre francés para mis operaciones, y desde entonces trabajo para el SDECE.

—Y para los judíos —dijo secamente Hessemann.

—Pero no contra los alemanes. Gat Singer, como el hombre del SDECE que me entrevistó hace años, sabía esto. Yo había llegado a la conclusión de que el espionaje era una porquería, se mirase por donde se mirase, y pensé que si los demás eran tontos y pagaban buen dinero por pequeñas cosas, yo podía ganar mucho dinero. Los franceses han mantenido su palabra de no pedirme nunca nada que perjudique a ningún alemán, pero Singer, esta noche, ha faltado al pacto.

—¿Qué le ha pedido Singer?

—Me ha mostrado una nota firmada por Täufel-Kz, y me ha pedido, casi exigido, que indagase en mi círculo alemán en busca de algo o alguien que pueda estar relacionado con ese nombre.

—¿Y usted se ha negado?

—Estuve intentando eludir una contestación categórica, cenamos, charlamos… Finalmente le dije que no, que de ninguna manera pensaba servirle en ese asunto. Me dijo que posiblemente Täufel-Kz está relacionado con nazis, no con alemanes corrientes. Le contesté que me era igual, que cualquier nazi de los que él buscaba tenía que ser, a fin de cuentas, alemán, y que nunca haría nada en contra de cualquier alemán, fuese nazi o no. Él insistió. Yo seguí negándome. De pronto, ya finalizando la cena, y como viera que mi decisión era firme dijo que era una lástima que el SDECE se fuese a enterar de que yo había estado engañándolos durante un par de años… Es decir, que me iba a delatar al SDECE como colaboradora

suya. Entonces le dije que era un cerdo judío, y que podía hacer lo que quisiera, que acababa de demostrarme que cualquier judío es mil veces más asqueroso que el peor de los nazis… Y me fui.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, Hessemann susurró:

—¿Sus palabras significan que usted considera asquerosos a los nazis?

—¡Claro que no! —Respingó Brigitte—. ¡Todo lo contrario!

—¿Todo lo contrario? —Se pasmó Hessemann.

—En el fondo, me siento nazi… ¡Si mi padre viviera me mataría por decir esto, pero no puedo evitarlo! Al principio, cuando era una jovencita, me creía todo lo que me decían de los nazis, pero me interesé por la verdadera historia y base del nazismo, y poco a poco fui sintiéndome identificada con él. ¡Es indudable que existe una superioridad mental, racial y física de unas personas sobre otras! De todos modos, yo sólo he leído, nunca he conocido a un nazi auténtico… ¡Y eso sí me gustaría, escuchar la versión de un nazi, no de quienes son sus enemigos!

De nuevo se hizo el silencio. Hessemann encendió un cigarrillo, y estuvo casi un minuto fumando.

El silencio era en verdad notable en el saloncito. Miró fijamente a Brigitte de pronto.

—¿Qué decía la nota que le mostró Singer? —susurró.

Brigitte la repitió palabra por palabra, textualmente, y el alemán la miró con sincero asombro.

—¿La aprendió de memoria en sólo unos pocos segundos?

—Sí. Mi memoria es fotográfica, así que… Un momento: ¿cómo sabe usted que he dicho de memoria el texto de esa nota? ¿Acaso la conoce?

Heinz sonrió amablemente.

—¿Qué nombre francés le asignaron para sus operaciones?

—Monique Lafrance.

—*Fräulein* Bierrenbach, yo tengo medios para saber si ese nombre consta realmente en los ficheros del SDECE, se lo advierto.

—No le comprendo. ¿Quiere decir que también trabaja para el SDECE, también le contrataron a usted…?

—No, no, no… No se trata de eso. Pero puedo saber en un tiempo razonable si el SDECE tiene en servicio activo a una mujer que utiliza el nombre de Monique Lafrance. Y si usted me ha

engañado, morirá.

—No le he mentido —susurró Brigitte.

—Me gustaría que fuese así, ya que entonces seguramente podríamos llegar a ser buenos amigos.

—¿Es usted nazi?

—Supongamos que sí. ¿Qué pensaría de ello?

Brigitte frunció el ceño, y reflexionó unos segundos antes de murmurar:

—Me parece que no me importaría demasiado. He llegado a la conclusión de que los nazis no son peores que los franceses o los judíos, o cualquier otro. Todos van siempre buscando su propia conveniencia, todos pretenden utilizarme incluso con extorsiones. Los franceses me recuerdan que debo estar agradecida a Francia, ese maldito Singer falta a nuestro pacto y luego me amenaza con delatarme… ¡Todos van a su propio negocio! ¿Por qué no habían de hacerlo los nazis? ¡Sus motivos tendrían para hacer lo que hicieron! Claro que no he acabado de comprenderlos muy bien, pero…

—¿Le gustaría comprenderlos? —sonrió Hessemann. Brigitte lo miró vivamente.

—¿Me lo va usted a decir? ¿Puede informarme de primera mano sobre…?

—Yo no le diré nada. Pero la voy a poner en contacto con alguien que podrá contestar a todas cuantas preguntas le haga usted sobre el nazismo, y, además, se sentirá encantado de conversar con usted sobre el tema.

—¡Me gustaría mucho! ¿Dónde puedo encontrar…?

Hessemann se echó a reír, siempre amablemente.

—Me parece que no lo ha entendido, *Fräulein* Bierrenbach: no se trata de que yo le dé un nombre y una dirección y la deje marchar, ni mucho menos. Digamos que, mientras procedemos a una sencilla investigación, usted va a ser invitada mía…, lo que me causa un gran placer.

—Pero… no comprendo por qué quieren retenerme… ¿Qué he hecho, qué tienen contra mí?

—En principio, mis amigos sólo querían saber quién era usted y qué le había dicho Singer, para saber qué está tramando éste. Pero en lo que a mí se refiere su personalidad me ha cautivado, y me gustaría retenerla a mi lado. Alégrese de ello, ya que de otro modo,

tras este interrogatorio habría sido eliminada… Claro está, después de sonsacarla más completamente respecto a su conversación con Singer. ¿Qué opina él sobre el texto de la nota de Täufel-Kz?

—Está… está muy preocupado. Dice que la mención de la palabra Juicio en la nota le produce escalofríos…, y que tiene el presentimiento de que la desaparición de algunos militares tiene relación con la desaparición de esos cincuenta y tres judíos.

—Singer es un hombre inteligente, ya sabemos eso —susurró Hessemann—. Respecto al pago de los cien millones de dólares en moneda alemana… ¿qué piensa?

—Según entendí piensa comenzar pronto a reunir ese dinero.

—Ah, magnífico… ¡Magnífico! ¿Ve usted, *Fräulein* Bierrenbach, como ha sido muy provechoso para nosotros conversar con usted?

Brigitte parpadeó lentamente.

—Ojalá resulte también provechoso para mí… Después de mi enfrentamiento con Singer, no veo mi futuro nada agradable. No sólo él quizá cuando reaccione decida buscarme para quitarme de en medio, sino que quizá decida informar al SDECE de mis… infidelidades.

—Sí, está usted en una situación poco tranquilizadora, desde luego. Pero no se preocupe demasiado: una persona de su valía no va a ser desaprovechada por nosotros.

—Si el SDECE es informado por Singer, me buscarán. Y en ese caso, no serviré de gran cosa en París.

—Nos enteraremos también de si el judío Singer la ha delatado al SDECE, y obraremos en consecuencia. Me gustaría resolver la desagradable situación de usted haciendo matar esta misma noche a Singer, pero, realmente, no puedo hacerlo. Enviarían a otro, quizá menos inteligente y paciente que él, y las cosas podrían complicarse. Lo siento.

—Le comprendo. Supongo que todo esto significa que voy a quedarme aquí como… invitada.

—No debe temer nada si no nos ha mentido, se lo aseguro. Necesitamos personas como usted en Francia…, y en cualquier sitio. Y a propósito —sonrió el alemán—: al parecer es usted realmente difícil de tratar. Tengo entendido que estuvo a punto de vencer a tres hombres —miró de reojo a sus amigos— sin tan siquiera disparar un tiro.

Brigitte Bierrenbach sonrió alegremente.

—Llevo una vida lo bastante interesante como para que me haya preocupado de aprender a conservarla, *Herr* Hessemann.

Heinz Hessemann alzó las cejas, como sorprendido, y de pronto soltó una estentórea carcajada.

—¡Me parece muy lógico! —exclamó—. Me gusta usted, *Fräulein* Bierrenbach. En todos los sentidos. ¡Ojalá no nos haya mentido! Y mientras esperamos la respuesta, hará usted un viajecito sin demasiada importancia. La vamos a llevar a un sitio donde esperará que yo tenga la respuesta sobre usted. Si ha sido sincera, pronto volveremos a verla. Si nos ha mentido, jamás volveremos a vernos.

—¿Me matarán?

—Temo que sí. Otra cosa, *Fräulein* Bierrenbach: una vez esté usted en su destino, no se le ocurra hablar en otro idioma que no sea el alemán… Causaría muy mal efecto. Oh, bien entendido que usted lo habla, por supuesto.

—Por supuesto.

—De un modo u otro —Heinz Hessemann se puso en pie—, ha sido un placer conocerla, *Fräulein* Bierrenbach. Buen viaje.

* * *

El viaje terminó tres horas más tarde, aunque Brigitte tenía la sospecha de que había sido alargado a propósito dando un rodeo, para que no pudiese hacerse una idea exacta de la distancia que había desde Orly al sitio al que fue conducida.

Primero, Thomas, Otto y Hans la llevaron al aeropuerto de Orly. Allí, abordaron los cuatro un helicóptero, y, apenas éste se había elevado unos metros, Thomas le puso una capucha negra, de modo que no pudo saber ni siquiera qué dirección tomaban: si hacia el norte, el sur, el este o el oeste.

Unas tres horas más tarde, oyó la voz de Otto, que pilotaba el helicóptero, hablando en alemán. Por la radio, desde luego:

—La pequeña águila de París va a descender.

—Descienda, águila de París —oyó también la respuesta la espía internacional.

El helicóptero tomó tierra poco después. Brigitte sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo…, mejor dicho, en la boca del

Diablo. Estaba segura de ello. Y repasó sus posibilidades de supervivencia. La peluca rubia continuaba en su sitio, pues aunque el golpe recibido en París la había desplazado ligeramente, ella la había colocado de nuevo adecuadamente cuando recobró el conocimiento dentro del maletero del coche; también llevaba puestas sus lentillas, de color verde. Y no había problema alguno en cuanto a su personalidad de Monique Lafrance: en cuanto alguien se interesara en el SDECE por este nombre, *Monsieur* Nez, su viejo amigo de espionaje, sería inmediatamente avisado, y, puesto que habían hablado por teléfono la noche anterior, sabría qué tenía que hacer o decir.

Quedaba Gat Singer. ¿Qué haría Singer? ¿Realmente era tan inteligente que había comprendido la actitud y los planes de ella al llamarlo cerdo judío y separarse de él de modo tan desagradable? Si Gat Singer lo había comprendido, todo iría bien. Si Gat Singer se había ofendido realmente, si no era lo bastante inteligente para comprender la jugada, las cosas podían complicarse. Pero no, Gat Singer no podía ser tan tonto: tenía que haber comprendido que ella no consideraba cerdos ni a los judíos ni a nadie, y que sus últimas palabras y su actitud obedecían a un plan; ella misma se lo había dicho… No debía, pues, temer que Singer hiciese tonterías.

¿Quién era Heinz Hessemann? ¿Qué se proponía? ¿Qué clase de relaciones o de amistades tenía él en el SDECE tan importantes que incluso pudieran informarle sobre la agente Monique Lafrance, lo que implicaba un fácil acceso a los archivos del personal más cualificado del espionaje y contraespionaje francés?

El helicóptero tomó tierra, y Brigitte fue ayudada a saltar del aparato. Luego, tomada de un brazo, fue conducida a un habitáculo. Oyó abrirse y cerrarse una puerta.

Entonces, le quitaron la capucha. Con ella sólo estaban ahora Hans y Thomas.

Éste dijo:

—Descanse. Pero no salga de aquí por ningún motivo, ni se le ocurra abrir ninguna ventana. Espero que sea usted persona a la que no haya que repetirle las cosas, *Fräulein* Bierrenbach.

—No se preocupen —murmuró Brigitte, en alemán.

Los dos hombres asintieron, y salieron de la cabaña, cerrando la puerta. Las ventanas tenían cerradas las contraventanas de gruesa y

sólida madera, de modo que no se podía ver el exterior. Era como estar encerrada en una caja.

La cabaña tenía una estufa que al parecer funcionaba quemando serrín, lo que resultaba no poco pasmoso. Había una hilera de tres literas, una mesa, algunas sillas, una pequeña cocina…, todo en una sola pieza. Brigitte se vio incapacitada para encender aquella espantosa estufa, de modo que optó por la más lógica, razonable y práctica de las soluciones: se envolvió en dos mantas, se tendió en la litera inferior, y cinco segundos más tarde estaba dormida.

Capítulo V

Lo primero que recordó al despertar fue que durante la noche se había despertado una vez, debido al rumor del helicóptero. Es decir, que seguramente Hans, Otto y Thomas habían regresado a París.

Entonces ¿quién se iba a encargar de ella?

Cuando miró su relojito eran las ocho de la mañana. Sólo unos minutos más tarde, la puerta de la cabaña se abrió, y entró un personaje que dejó pasmada a la divina espía: un joven, altísimo, rubio, bellísimo muchacho que llevaba el uniforme de las SS alemanas con el distintivo de teniente. El pasmo de Brigitte era tal que todavía tardó unos segundos en reaccionar después de que el *oberleutnant* hubo hablado:

—Buenos días, *Fräulein* Bierrenbach —dijo, por supuesto en perfectísimo alemán—: soy el teniente Ringel, a su disposición. Espero que haya dormido usted confortablemente, *Fräulein*.

Por fin, Brigitte reaccionó, pasando por su mente la idea de que aquel joven oficial no debía haberla sorprendido ni poco ni mucho.

—Buenos días, teniente —respondió en alemán tan nítido como el del muchacho—. He dormido bien, aunque espero que la próxima noche esté encendida la estufa.

—Me ocuparé personalmente de ello, *Fräulein*.

—Es usted muy amable, teniente.

—Gracias, *Fräulein* —el joven dio otro taconazo marcial de una potencia y gallardía que hizo temblar las paredes, o poco menos—. Me permito rogarle que me acompañe: la están esperando.

Brigitte asintió.

El *oberleutnant* dio media vuelta magistral, y se colocó junto a la puerta, en actitud de firmes. Brigitte pasó junto a él, siendo de nuevo presa del pasmo. Ella medía metro setenta y cinco, y estaba acostumbrada a mirar a muchos hombres poco menos que al mismo nivel, pero el joven alemán estaba muy por encima de su mirada;

posiblemente medía más de metro noventa.

Era increíble. Recién afeitado, limpio, impoluto, perfecto, magnífico, maravilloso… ¡Sencillamente increíble!

Pero enseguida, apenas salir de la cabaña, Brigitte Baby Montfort se encontró ante algo todavía más increíble.

Quedó como clavada al suelo por los pies.

Ante ella se extendía una explanada de tierra, lisa. Al frente, escondidas entre altísimos árboles de un bosque umbrío y denso que no pudo penetrar, divisó dos altas torres construidas con troncos en lo alto de cada una de las cuales había un soldado alemán, armado, junto a un potente foco, apagado.

Un poco más allá de las torretas, y todavía a cierta distancia del bosque, se veía una tupida alambrada de púas. El cielo estaba gris, casi negro todavía, y había una fría humedad en el ambiente…

… Pese a lo cual, un numeroso grupo de personas caminaban por aquel patio de tierra, todos desnudos, y con la cabeza rapada al cero. Junto a ellas, perfectamente equipados, varios soldados alemanes, todos con el distintivo de las SS, las antaño temidas *Strosstroupen* alemanas.

La mirada de Brigitte fue de un lado a otro, desorbitada. Cada detalle que iba viendo la reafirmaba en lo que parecía una descabellada ilusión óptica suya: estaba en un campo de prisioneros. Y de pronto, se dijo que no debía haberse sorprendido por nada en ningún momento.

Simplemente, había sido llevada a Täufel-Kz, es decir, el Campo del Diablo.

Aspiró hondo, y siguió caminando, sin dejar de mirar aquellas figuras desnudas. Había unas cincuenta personas, pero no consiguió identificar a ninguna de ellas como las que conocía por medio de fotografías, es decir, el joven teniente americano Spencer Lindon, los militares británicos Dickson-Palmer, o el teniente coronel Landoy, francés…

—Son muy perezosos —oyó la voz del joven *oberleutnant*—… Al principio les costaba mucho levantarse a una hora razonable, pero pronto comprendieron que debían amoldarse a la vida del Kz.

—¿Adónde van ahora? —murmuró Brigitte.

—A ninguna parte, sólo están haciendo ejercicio para no entumecerse. Luego, se dedican a hacer pequeños trabajos.

Naturalmente, ya sabe usted, *Fräulein*, que todos estos prisioneros son cerdos judío:

—Sí, lo sé.

Estaba pasando muy cerca de los prisioneros. Había algunas mujeres, y hombres de avanzada edad. Y un par de muchachos que ni siquiera debían de tener catorce años. Y unas jovencitas que caminaban intentando proteger sus pechos del frío con las manos… Su aspecto no podía ser más patético. Nadie hablaba. Parecía que ni siquiera respiraban. El paso era cansino, lento, hasta que un suboficial se enfadó, dio una seca orden, y todos comenzaron a caminar más vivamente. El suboficial comenzó a cantar el paso enérgicamente. Las desnudas carnes se estremecían en la fría mañana, temblaban las caderas femeninas, oscilaban los helados senos, los descalzos pies chapoteaban en zonas fangosas.

Era siniestro todo aquello.

Brigitte se imaginó a toda aquella gente viviendo tranquilamente hasta pocos días antes en París, y en otras ciudades europeas Muchachas rientes, personas maduras llevando una vida apacible, muchachos estudiando… Y de pronto, se encontraban en el Campo del Diablo.

Era increíble, alucinante.

Y de pronto, vio los perros.

Quizás había media docena de perros de la raza pastor alemán, todos ellos junto a las alambradas, sentados sobre sus cuartos traseros, tan inmóviles que no había reparado en ellos hasta aquel momento.

Comenzó a caer una fina llovizna helada, pero el suboficial continuó cantando el compás del paso, con fuerte acento, y los prisioneros del Campo del Diablo avivaron aún más el paso…

—Uno de los prisioneros intentó escapar cruzando las alambradas hace dos días —dijo el teniente Ringel—. Naturalmente, los perros lo alcanzaron muy pronto en el bosque.

Brigitte volvió y alzó la cabeza hacia él.

—¿Y qué pasó? —murmuró.

—Lo que tenía que pasar —sonrió Ringel—. Luego, trajimos los restos del cuerpo, para que los demás prisioneros comprendieran.

No había gran cosa que contestar, de modo que Brigitte permaneció en silencio. Llegaron ante una construcción en cuyo

porche pendía un letrero con la inscripción SS *Kommandantur*. Ringel llamó a la puerta, abrió, y se colocó a un lado, siempre marcialísimo. Brigitte entró, y enseguida lo hizo Ringel, cuadrándose de aquel modo pasmoso.

—*Fräulein* Bierrenbach, mi comandante.

Había varios militares alemanes en aquella oficina, todos impecables, un par de ellos conversando, otro sentado tras una mesa con una máquina de escribir. Y otro tras otra mesa, más amplia; fue éste quien se puso en pie y se acercó a Brigitte, que ya no se sorprendía por nada. Era algo mayor que Ringel, no tan alto, pero sin la menor duda hermoso y atlético. Resultaba impresionante, y tenía una sonrisa encantadora. Su taconazo ante Brigitte fue sensacional.

—*Fräulein* Bierrenbach, sea usted bien venida. Es nuestro deseo que haya descansado usted confortablemente.

Brigitte iba a decir de nuevo que la estufa estaba apagada, pero captó, presintió más bien, la tensión del joven Ringel, y decidió no complicarle la vida.

—He dormido muy bien, comandante. Y les agradezco su deferencia al permitirme dormir hasta una hora que supongo no es la… reglamentaria.

—Suponíamos que estaría cansada del viaje. Esperamos poder complacerla también en el desayuno. ¿Desea algo especial?

—Café solamente, comandante… comandante…

—Oh, perdón. Comandante Leuthold. ¿Solamente café?

—Sólo café.

Leuthold hizo una seña al suboficial que estaba sentado a la máquina de escribir, y éste se apresuró a servir café a la visitante. Los demás oficiales, todos ellos impresionantes, permanecían en silencio. Leuthold no los presentó. Afuera se oían, amortiguadas, las voces del suboficial que estaba dirigiendo el paso de los prisioneros, bajo el frío intenso de la oscura mañana. Pero allí dentro se estaba bien. El café era bueno. Brigitte dejó el pote vacío, y dirigió una sonrisa al suboficial y al comandante.

—Muchas gracias.

—De nada, *Fräulein* Bierrenbach. Quizá tenga usted frío con ese abrigo, de modo que si lo desea podemos proporcionarle uno de los nuestros.

—No, gracias.

Fue una respuesta rápida, quizá demasiado, motivada por la súbita imagen que apareció en la mente de la espía, viéndose a sí misma con un abrigo de las SS. Se arrepintió enseguida de haber sido tan tajante, pero no parecía que nadie hubiese encontrado nada especial en su negativa.

—Bien, salvo que tenga usted alguna necesidad más que cumplir, la llevaré con el general —dijo Leuthold.

—Me gustaría ir a los servicios, y arreglarme un poco… ¿No dejaron aquí mi maletín de viaje?

Sus esperanzas se esfumaron enseguida, cuando Leuthold movió la cabeza negativamente.

—No, lo siento. Pero puede usted utilizar el servicio de los oficiales. Por aquí, por favor.

El servicio de los oficiales era un pequeño cuarto de baño, pero bien instalado, cuya puerta daba a las oficinas directamente. Allí, Brigitte se arregló un poco, asegurándose de que la peluca rubia seguía bien colocada, y lo mismo las lentillas. Hacía tanto tiempo que utilizaba lentillas para cambiar el color de sus ojos que se había acostumbrado, no sentía molestia alguna con ellas.

Permaneció en el aseo siete u ocho minutos. Cuando salió, agradeció con una sonrisa las deferencias de que era objeto. Leuthold caminó hacia la puerta, y Ringel casi saltó hacia ella, abriéndola. El comandante salió en primer lugar, lo que hizo sonreír levemente a la invitada al Campo del Diablo.

En la explanada, los prisioneros seguían obedeciendo las órdenes del suboficial. La fría llovizna persistía. Los perros no se habían movido. En lo alto de las torretas, los centinelas continuaban junto a los focos, armas en mano. Mientras caminaba, Brigitte divisó otra torreta, y, por su relativa ubicación con las otras dos, comprendió que el número total de torretas que rodeaba Täufel-Kz era de seis. Pasaron ante un barracón destinado a soldados, evidentemente. Y luego, se detuvieron ante otro pequeño barracón, sin distintivo alguno.

—Tenga la bondad de esperar aquí, *Fräulein* Bierrenbach.

—Muy bien.

El comandante entró en aquel barracón, en el que no permaneció ni siquiera medio minuto. Salió, desde el umbral le hizo

una seña a Brigitte, y ésta se acercó. Entró en el barracón. El vestíbulo, por llamarlo así, era a la vez una confortable salita, agradablemente amuelada, aunque sin perder la austeridad. Había una gran estufa, y, sentado en un viejo sillón junto a aquélla, un hombre.

Un anciano de edad indefinible, que se puso en pie. Lucía el uniforme de general, y en su pecho destacaban numerosas condecoraciones. Llevaba la cabeza descubierta, de modo que se veía su cabellera, blanca como nieve. Su rostro era muy arrugado, pero sus ojos oscuros despedían todavía destellos de energía. ¿Ochenta y cinco años? ¿Quizá noventa?

—*Fräulein* Bierrenbach, le presento al general Amadeus Kluber.

El general Kluber inclinó la cabeza, y Brigitte hizo lo mismo.

—¿Cómo está, *Fräulein* Bierrenbach?

—Muy bien, gracias. Y encantada de conocerle, general.

Una leve sonrisa apareció entre las miles de arrugas del viejo rostro.

—El placer es mutuo. Mi hijo me ha informado sobre usted, y si en la descripción de su inteligencia ha estado tan acertado como en la de su belleza, todo será grato entre nosotros.

—Es usted muy amable, general Kluber, pero… ¿conozco a su hijo?

—Así es, pero con otro nombre. Comprenderá usted que en París no se puede andar mencionando el apellido Kluber, de modo que mi hijo adoptó el de Hessemann, que no tiene ninguna resonancia como criminal de guerra.

—¿Y el de Kluber sí?

—Lamentablemente, así es. He pasado veinte años en prisión tras el Juicio de Nuremberg, *Fräulein* Bierrenbach. Y los otros catorce preparando mi… vuelta al campo de batalla.

—Por supuesto, está usted hablando de una batalla que no existe, general.

—Todavía no. Pero quizá llegue a existir. ¿No quiere sentarse? —Sonrió de nuevo—. Mis viejos huesos se resisten a permanecer mucho rato en esta posición.

Leuthold acercó un sillón, Brigitte se sentó, y acto seguido lo hizo el general Kluber, que con una seña despidió al comandante. Éste dio un taconazo, y los dejó solos. Allí no se oían las voces del

suboficial marcando el paso a los prisioneros. El silencio era total.

El viejo general lo rompió:

—Es evidente que en Täufel-Kz no necesitamos sus servicios, *Fräulein* Bierrenbach, pero mi hijo piensa que podrían sernos de gran utilidad en el exterior, considerando su… convincente preparación como agente secreto.

—¿Ya han comprobado mi ficha en el SDECE?

—Todavía no, pero eso es cuestión de horas nada más. Por otra parte, la damos por cierta, ya que no tiene usted aspecto de… loca suicida. Pretender mentirnos en una cosa así resultaría terrible para usted, *Fräulein* Bierrenbach.

—Supongo que pasaría a engrosar el pelotón de prisioneros.

—Oh, no. Realmente, a los prisioneros no los estamos tratando demasiado mal, por el momento. Estoy seguro de que usted me comprende.

—Sí. Lo que no comprendo, general Kluber, es todo esto del Täufel-Kz, los prisioneros, los militares Aliados secuestrados…

—Todo forma un conjunto. En realidad, se trata de una venganza doble, y, por lo tanto, muy placentera. Por un lado, espero vengarme adecuadamente de los Aliados, y por otra, digamos que seguiré cumpliendo mi honroso cometido de ir exterminando judíos. Pero como le digo, todo esto es básicamente un conjunto, un… marco adecuado para los hechos que están por realizarse. Espero que comprenda usted la nostalgia de un viejo nazi por tiempos mejores, y que haya querido… recuperarlos. Posiblemente, en principio, todo esto le parezca teatral, pero ya irá viendo que las piezas y las situaciones irán encajando… ¿Es cierto que se interesa usted por el nazismo?

—Sí… Sí, es cierto.

—Se lo agradezco mucho. Por favor, pregunte lo que quiera.

—Pues… no se me ocurre nada en este momento. Temo que estoy un poco aturdida, general. Y espero que se muestre usted comprensivo al respecto: de un París del año mil novecientos ochenta, he pasado a un Kz de mil novecientos cuarenta, del cual ignoro incluso su emplazamiento exacto.

—Comprendo su desconcierto —admitió Amadeus Kluber—. Pero ya irá entrando en situación, y espero que entonces tendré el placer de disertar largamente con usted sobre el nazismo… ¿Sabe

que habla usted muy bien el alemán a pesar de haberse educado en Francia?

—Dicen que el idioma que mejor se domina es siempre el que se utilizó en la niñez, general Kluber.

—Sin duda. ¿Entiendo que sus padres eran… antinazis?

—Sí.

—¿Pero usted no lo es?

—Yo no soy antinada, general…, salvo cuando me perjudica a mí directamente. La característica más acusada de mi personalidad es la curiosidad, sin embargo. Y como vicio importante, tengo el de querer saber la verdad de las cosas.

Amadeus Kluber, que había quedado atónito, reaccionó:

—¿La verdad? ¿Y cuál es la verdad? Usted ha vivido en Francia, de modo que ha sido educada en la verdad francesa. Yo soy nazi, y he sido educado en la verdad nazi. ¿Por qué una verdad ha de ser más verdad que la otra?

—Creo que tiene usted razón…, en cuyo caso, quizá todo se reduzca a buscar cuál de las dos verdades, o de las muchas verdades, contiene mayores estímulos para cada uno de nosotros —la espía sonrió—… ¿Quién sabe?: ¡quizá la verdad nazi contenga para mí más estímulos que la verdad francesa!

—Es usted muy inteligente, *Fräulein* Bierrenbach. Por lo tanto, estoy seguro de que comprenderá usted lo… razonable de mis estímulos. No voy a aburrirla esta vez con el relato de los crímenes y codicias de los judíos en Europa antes de que Hitler les diese su merecido, pero sí voy a hablarle de la saña con que desde hace más de treinta años están siendo perseguidos, acosados y asesinados muchos ciudadanos alemanes, algunos de ellos, ciertamente, nazis, pero otros acusados injustamente de serlo. Naturalmente, está usted al corriente de que eso ha sucedido y está sucediendo.

—Sí. Sé que los nazis han sido y serán buscados siempre, mientras se sospeche que queda uno solo de ellos, especialmente por parte de una organización que no es necesario mencionar.

—¡Exactamente! Sí, no es necesario mencionar nombres, sólo hechos: cientos de alemanes, nazis la mayoría, esto es cierto, han sido capturados y encarcelados y ejecutados o asesinados durante más de treinta años. La acusación básica dice que se trata de criminales de guerra. Muy bien: es posible. Pero, *Fräulein*

Bierrenbach: ¿cree usted que los crímenes de guerra fueron cometidos solamente por los nazis? ¿Cree usted que los Aliados no cometieron crímenes de guerra?

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—No lo sé —murmuró.

—¿No lo sabe? —exclamó el general Kluber, excitándose—. ¡Vamos, *Fräulein* Bierrenbach…! Admito que esté usted educada con una mentalidad lógicamente Aliada, y que por tanto, se le hayan ocultado muchas cosas, pero utilice solamente su inteligencia, su razonamiento puro y personal, no la cultura o la educación recibida. Déjese guiar tan sólo por su raciocinio, por su inteligencia pura: ¿cree usted que los Aliados no cometieron crímenes de guerra? ¿Verdaderamente lo cree? ¿Realmente cree que los rusos o los americanos no hicieron nada reprobable ateniéndonos a los acuerdos bélicos en vigor durante la guerra? ¿Considera ángeles a los franceses y a los británicos? ¿Considera serafines a los aliados árabes que entraron en Europa?

¿Ninguno de ellos cometió crímenes de guerra? Le ruego una respuesta clara y concreta, dictada sólo por su intelecto, *Fräulein* Bierrenbach: ¿qué cree usted al respecto?

—Bueno… Supongo que todos harían cosas… reprobables.

—¿Reprobables? ¿Reprobables? Es usted muy comedida, se lo aseguro. Pero la disculpo, porque la comprendo. Ahora bien, yo le aseguro que los Aliados también cometieron crímenes de guerra, muchos de ellos tan espantosos como los que se atribuyen con o sin motivo a los nazis. Y eso, *Fräulein* Bierrenbach, es lo que vamos a demostrar al mundo.

—¿Qué… qué…?

—Dentro de muy poco, el mundo va a tener una réplica al Juicio de Nuremberg: tendrá el Juicio de Täufel-Kz.

Capítulo VI

Brigitte quedó silenciosa, primero desconcertada todavía durante unos segundos; luego, pasmada; por fin, aterrada. Ni siquiera se molestó en preguntar a qué juicio se refería Amadeus Kluber, porque de pronto lo comprendió todo, supo lo que el general había querido decir exactamente con sus palabras.

No podía estar más claro.

—No sé si me ha oído usted, *Fräulein* —murmuró Kluber.

—Sí… Sí, le he oído, general.

—¿Y no se le ocurre nada que preguntarme?

—Lo considero innecesario.

—¡Ah! ¿De veras?

—Según yo entiendo, usted piensa realizar un juicio en este campo de prisioneros. Por supuesto, un juicio a puerta cerrada y contra los militares Aliados que sus hombres han estado secuestrando durante estas últimas semanas en Europa. Ello me indica que durante sus catorce años de libertad posterior a sus veinte años de prisión, ha estado consiguiendo pruebas determinantes de ciertos crímenes de guerra cometidos por los Aliados. Y ahora, en Täufel-Kz, va a airear esos crímenes, sometiendo a juicio a sus prisioneros militares, interrogándoles, haciéndoles confesar todo cuanto sepan sobre esos crímenes y posiblemente sobre otros respecto a los cuales usted no ha conseguido pruebas completas. Va a ser un… juicio interrogatorio al que serán sometidos todos los militares secuestrados. Y puesto que debo pensar que usted lo ha preparado todo muy bien, ese juicio con las declaraciones de los prisioneros será filmado, y varias copias de esa película enviadas a distintas partes del mundo para que sean proyectadas por televisión. Como… público de ese juicio estarán los judíos también prisioneros en este campo, que tendrán ocasión de oír muchas cosas que desconocían, serán testigos vivos

de declaraciones insospechadas… Pero mientras espera usted utilizarlos de ese modo, se… divierte con los prisioneros judíos recordando viejos… y agradables tiempos gloriosos, vuelve a ser un general, dirige un Kz lleno de prisioneros judíos y Aliados… De modo que utilizando a todos los prisioneros como personajes, filmará la película, la distribuirá por todo el mundo, y luego, tras cobrar cien millones de dólares en marcos alemanes, los dejará marchar para que expliquen personalmente cómo han sucedido las cosas en Täufel-Kz. Su actitud es, a la vez, de justicia y de revancha: si han estado acosando y juzgando durante tantos años a los nazis… ¿por qué los Aliados se han de escapar del acoso y de un Juicio similar al de Nuremberg? Ésta es la tarea que usted se ha asignado para los últimos años de su vida, ¿no es cierto, general?

Amadeus Kluber parecía petrificado. Miraba a Brigitte con los ojos muy abiertos, inmóviles hasta el punto de que parecían de cristal. De pronto, reaccionó, murmurando:

—¿Sabe usted cuál es la cualidad más admirable del ser humano, *Fräulein* Bierrenbach?

—En mi opinión, la inteligencia.

—¡Exactamente! De modo que ha pasado usted a formar parte del reducido grupo de personas que merecen mi máxima estimación.

—¿Quiere decir que he acertado?

—Por completo; incluso en todos los detalles, no sólo en la idea central. Me complace enormemente tenerla como invitada en Täufel-Kz, se lo aseguro. Tengo muy pocas ocasiones de conversar con inteligencias claras y de tan perfecto discernimiento. La felicito con toda sinceridad, *Fräulein* Bierrenbach.

—Gracias. Pero, general Kluber, abusando de esa máxima estimación que me dispensa, ¿me permitiría usted exponerle algunas… sugerencias?

—Es usted una de las pocas personas a las que se lo permitiría. Adelante, *Fräulein* Bierrenbach.

—¿No cree usted, general, que al pedir dinero desprestigia un poco su misión reivindicadora?

—No, porque ese dinero no es para mí, sino para atender unos determinados gastos que ha originado la instalación de Täufel-Kz, y el resto, la mayor parte, para dedicarlo a la protección de los nazis

que todavía están viviendo atemorizados y acosados, para proporcionarles seguridad y una vida apacible hasta el fin de sus días.

—Desde su punto de vista, eso es razonable —admitió Brigitte —: no hay ambición ni codicia personal. De acuerdo en eso. Pero ¿qué pensará el mundo cuando vea que los militares Aliados sometidos a juicio por usted han sido… maltratados?

Amadeus Kluber quedó verdaderamente estupefacto.

—¿Maltratados? ¿De dónde ha sacado usted esa idea?

—Bueno… En los Kz sucedían cosas que…

—¿Me cree usted tan imbécil como para maltratar prisioneros que van a ser presentados al mundo en docenas de copias filmadas? ¡No corresponde usted a mi gentileza sobre su inteligencia, *Fräulein* Bierrenbach!

—Pero los prisioneros judíos sí han sido…

—Los prisioneros judíos han sufrido sólo una baja, y la culpa fue exclusivamente de ellos; del que intentó escapar, en concreto. Fueron advertidos muy seriamente al respecto. Por lo demás, salvo la rutina de cortarles el cabello y mantenerlos desnudos, lo que significan penalidades mínimas para un judío, no han sido maltratados en absoluto… por ahora. Puede usted comprobarlo, y… ¿quizá le gustaría ver a los prisioneros militares?

—¡Sí, desde luego! —exclamó Brigitte.

—No tengo ningún inconveniente en complacerla —Kluber se puso en pie lentamente, señalando hacia la puerta—… ¿Sería usted tan amable de ayudarme a ponerme el abrigo, por favor?

Un minuto más tarde, ambos salían del barracón del general, abrochándose éste el abrigo con cierta torpeza. Hubo un revuelo en el campo, y enseguida cuatro imponentes soldados armados de metralletas, al mando del joven teniente Ringel, se constituyeron en escolta de Amadeus Kluber.

Seguía lloviendo, ahora con más densidad, pero el ambiente era un poco menos frío. De todos modos, el cielo tenía un color que hizo comprender a Brigitte que no tardaría en nevar. Los grandes árboles parecían apiñarse, impidiendo ver dónde terminaba el bosque. Era todo como una masa negra rodeando el campo de prisioneros. A Brigitte, el ambiente le recordó el de algunas películas bélicas que había visto años atrás: frío, nieve, soldados

silenciosos agazapados, y de pronto el restallar de algún fusil, ¡pack, pack, pack!, extendiéndose por todo el bosque… Como en la batalla de Las Ardenas. Como si todo fuera a suceder de nuevo de un momento a otro. Era desconcertante y alucinante.

El barracón de los prisioneros militares estaba detrás del de Amadeus Kluber, de modo que no tuvieron que caminar mucho bajo la densa lluvia. Cuatro soldados vigilaban el barracón, uno en cada ángulo; enormes, poderosos, impávidos bajo la lluvia.

Ringel abrió la puerta, y Brigitte notó enseguida como un soplo cálido procedente del interior.

Entró Ringel, luego los cuatro soldados que le acompañaban, y que tomaron posiciones de seguridad.

El general Kluber cedió el paso a Brigitte, y entró tras ella, cerrando la puerta.

—Caballeros —saludó secamente—, muy buenos días: permítanme presentarle a *Fräulein* Brigitte Bierrenbach, en realidad una agente del SDECE que va a colaborar con todos nosotros de un modo u otro, pues es muy inteligente. *Fräulein* Bierrenbach, permítame presentarle al teniente americano Spencer Lindon, al coronel Edgar Dickson-Palmer, al teniente coronel Jules Landoy, y a los generales *Sir* Arthur Follingsbee, Richard Malmet, Owen Dickson-Palmer, y Vladimir Pugachev. Los cuatro generales, aunque entonces con graduación inferior, estuvieron en el Juicio de Nuremberg. Los otros tres invitados no estuvieron, pero sí estuvieron sus padres, y sin duda, durante sus vidas, tienen que haberles oído en alguna ocasión hacer comentarios… dignos de interés. Oh, perdón, teniente coronel Landoy: usted sí estuvo en Nuremberg, ¿no es cierto?

Jules Landoy no contestó. Como los demás, miraba con gran interés a Brigitte, que los había ido saludando con un gesto de cabeza a medida que eran presentados. Allá estaban todos. Desde luego, sin la menor señal de violencia en sus personas. Aparecían correctamente vestidos, afeitados, disponían de calefacción, y ellos mismos se preparaban café, al cual se olía en el barracón.

—Le he formulado una pregunta, teniente coronel —murmuró Kluber, en su claro inglés académico.

—Sí —murmuró Landoy, también en claro inglés—, estuve en Nuremberg, general.

—Gracias. Perdonen si a veces me olvido de algo o cometo algún pequeño error… He cumplido ya noventa y dos años, y mi mente se… dispersa un poco en ocasiones. El general Dickson-Palmer es todavía joven, pero los otros tres señores generales deben de estar cercanos a mi edad, y seguramente comprenderán lo que digo… ¿No es así, general Pugachev?

—Así es, general Kluber —asintió el viejo general ruso.

—¿Necesitan algo? ¿Tienen alguna queja sobre su estancia en Täufel-Kz?

—Sólo nuestra estancia aquí, precisamente —dijo el general Malmet.

—Sí, lo comprendo, pero deben hacerse cargo de que son prisioneros de guerra y que…

—¿Qué guerra? —Gruñó el general Follingsbee—. ¡Ya terminó hace treinta y cinco años, general Kluber!

—Para ustedes quizá, general, no para mí. Me imagino —se permitió una sonrisa Kluber— que estaban ustedes planeando el modo de fugarse, como es su obligación de buenos soldados, pero les aconsejo que se distraigan con otras cosas: nadie puede escapar de Täufel-Kz. General Pugachev: ¿le han traído ya su juego de ajedrez?

—Sí, gracias. Pero no tengo a nadie con quien jugar, y es comprensible, porque en esta situación absurda que…

—General Pugachev —le interrumpió suavemente Brigitte—: quizá me haría usted el honor de aceptarme como adversario.

Vladimir Pugachev se quedó mirándola fijamente. El ruso debía de tener, en efecto, cerca de noventa años, pero, como el propio Kluber, había en sus oscuros ojos un destello de vitalidad increíble.

—No, gracias —replicó—. No tengo ni he tenido ni tendré nunca relaciones con nazis, *Fräulein*.

Se oyó la risa de Amadeus Kluber, como un crepitar de madera reseca consumida por el fuego.

—*Fräulein* Bierrenbach no es nazi… todavía, general. Pero tras calibrar con admiración su inteligencia, espero atraerla pronto como eficaz colaboradora. No entiendo que usted se disguste por proporcionarle una encantadora adversaria.

—Sólo viene a espiarnos —dijo secamente el general Owen Dickson-Palmer.

—Ah, general, ustedes los británicos aseguran ser los inventores del espionaje moderno… ¿Por qué se molesta si los demás han seguido sus pasos? De todos modos: ¿qué hay para espiar aquí? Son ustedes mis prisioneros, y todo cuanto se pueda saber sobre sus personas y carreras lo sé ya. ¿Qué más podría decirme *Fräulein* Bierrenbach?

—Por otra parte —dijo Brigitte, hablando en ruso, con lo que sorprendió no poco a Pugachev—, realmente mi intención es sólo hacer más llevadera su estancia aquí, general Pugachev.

—¡Y habla ruso! —exclamó con júbilo senil Amadeus Kluber—. ¿Qué más podría usted pedir, general?

—Yo tengo algo que pedir —dijo impetuosamente el teniente americano Spencer Lindon—: quisiera ver a mi esposa, señor.

—Su esposa está ayudando en la cocina, teniente. Pero ya se le ha dicho repetidamente que no debe temer por ella, que está en perfectas condiciones.

—¿Como esas personas que pasean por el patio? —gritó el joven teniente, lívido.

—No, porque su bella esposa no es judía. Quede tranquilo, no ha sufrido ni sufrirá daño alguno. Bien, *Fräulein* Bierrenbach, ya ve de qué modo están siendo «maltratados» mis prisioneros. Al parecer, las dos únicas quejas consisten en no tener nadie para jugar al ajedrez, y en la negación del permiso para ver a la esposa. ¿Le parece esto una… crueldad excesiva?

—No —murmuró Brigitte.

—Incluso, para evitar toda posible reclamación en el futuro, voy a eliminar esas dos quejas. Primera: el general Pugachev puede jugar al ajedrez con usted, si lo desea. Segunda, el teniente Ringel va a traer a este barracón, durante un minuto, a la esposa del teniente… ¡Ringel!

El hermoso oficial dio un taconazo tremendo, escuchó la orden sin pestañear, y salió del barracón. Los demás quedaron inmóviles y en silencio. Spencer Lindon estaba demudado, y su mirada quedó fija en la puerta.

Cuando ésta se abrió y apareció su joven y linda esposa, el teniente lanzó una exclamación, corrió hacia ella, y la abrazó, temblando… Durante un minuto justo, todos pudieron comprobar que la muchacha estaba perfectamente, y oyeron sus explicaciones

de que, en efecto, estaba ayudando en la cocina, pero que no había sufrido mal ni vejación de ninguna clase. Entre beso y beso, atropelladamente, los dos jóvenes se convencieron uno al otro de que estaban bien. Por fin, Amadeus Kluber hizo una seña, y el increíble Ringel se acercó a la pareja.

—*Fräu* Lindon —murmuró—… Por favor, *Fräu* Lindon.

La muchacha salió del barracón, llorando. Spencer Lindon quedó inmóvil, pálido, y cuando la puerta se cerró, su mirada pareció saltar hacia el viejo Amadeus Kluber.

—Maldito seas —jadeó—… ¡Maldito seas!

Los ojos de Kluber desaparecieron tras las arrugas de sus párpados y pómulos.

—General Follingsbee —murmuró—: como miembro más anciano de esta pequeña comunidad de prisioneros, espero que haga comprender al joven teniente americano lo improcedente de su reacción, y que no toleraré nada parecido en adelante.

—Sí —masculló *Sir* Arthur—… Descuide, general, así lo haré.

—Gracias. Bien, *Fräulein* Bierrenbach: ¿se queda usted o viene conmigo?

—Eso depende del general Pugachev —replicó Brigitte—. ¿Me acepta usted o no, general?

—No.

—En cambio —sorprendió a todos el joven general británico Dickson-Palmer—, a mí sí me gustaría jugar unas partidas con *Fräulein* Bierrenbach, general, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno. Tengo una mañana muy ocupada, y me gustará saber que *Fräulein* Bierrenbach no sólo está colaborando en la buena armonía de Täufel-Kz, sino que ustedes saben agradecer sus amables servicios. Nos reuniremos a la hora del almuerzo, *Fräulein* Bierrenbach.

—Encantada, general.

Los prisioneros y la espía quedaron solos. Durante unos segundos, reinó el silencio.

Por fin, el general británico se acercó a Brigitte, y murmuró:

—¿No nos hemos visto antes…?

—Ssst. Tema prohibido, mi general.

—Ah… Sí, entiendo —la esperanza brilló en los ojos del británico—… Bien, gracias por su compañía, *Fräulein* Bierrenbach.

—Es una maldita nazi —mascullo Pugachev.
—Y por supuesto —deslizó Jules Landoy—, su cometido aquí es básicamente impedirnos conversar libremente.
—¿Libremente? —Lo miró divertida Brigitte—. Espero que sus conversaciones no hayan sido demasiado comprometidas, teniente coronel Landoy, por el bien de ustedes. ¿No comprende que todo cuanto se hable en este barracón queda grabado? ¡Estoy segura de que durante el almuerzo el general Kluber se reirá cuando oiga estas palabras mías en la cinta de turno! Le hará gracia la ingenuidad de ustedes…, y mi amabilidad al informarles de una cosa tan simple. ¿Me permitiría usted jugar con las blancas, general Dickson-Palmer?

* * *

Un poco antes de las doce del mediodía, cuando *Fräulein* Bierrenbach incluso había conseguido relajar la tensión y disipar la hostilidad del general Pugachev, todos oyeron el rumor. La conversación cesó en el acto. Ya no se jugaba al ajedrez: simplemente, se conversaba sobre la situación de casi sesenta personas en Täufel-Kz, si bien, naturalmente, Brigitte cuidaba de que en ningún momento sus palabras pudieran molestar a Amadeus Kluber, que quizá los estaba escuchando directamente…
—Es un helicóptero —murmuró el joven coronel británico.
—El mismo de siempre —asintió Spencer Lindon.
—Quizá traigan más prisioneros —dijo Jules Landoy.
—Es poco probable —negó Brigitte—. Últimamente, como es natural, se han extremado las precauciones en ese sentido, y no creo que el general Kluber cometa ninguna imprudencia. Para conseguir lo que quiere, ya tiene suficiente con ustedes.
—No nos someteremos a ese absurdo juicio —dijo Pugachev.
—¿Absurdo? —Lo miró sorprendida Brigitte—. ¿Por qué le parece absurdo?
—¡No es legal!
—Ah… ¿Legal? Bueno, eso es otra cosa, general. Todos podemos comprender fácilmente que si la guerra la hubieran ganado los alemanes, las cosas habrían sucedido al revés: ustedes habrían sido juzgados entonces como criminales de guerra por un tribunal militar alemán. Es sólo una cuestión de victoria, no de legalidad. Y

la actual victoria la ha conseguido el general Amadeus Kluber.

—¡Usted no está en su sano juicio! —Gruñó Pugachev.

—General, yo no estoy en ningún juicio, por la sencilla razón de que no soy yo quien va a ser juzgada. Ustedes, sí. Lo de si van a someterse o no, es cuenta de ustedes, naturalmente. Pero me pregunto qué otra opción tienen.

—No es posible que usted esté de acuerdo con eso —susurró el general Dickson-Palmer.

Brigitte dirigió una mirada alrededor, todavía en otro intento de localizar la instalación de escucha, cosa que hasta entonces no había conseguido.

—¿Por qué no he de estar de acuerdo? —murmuró—. Me pregunto cuál es la diferencia entre crímenes de guerra cometidos por unos o por otros. ¿Podría usted explicármela?

Los prisioneros estaban lívidos, silenciosos ahora, mirando entre incrédulos y hostiles a la bellísima rubia que durante casi tres horas los había tenido entretenidos y encantados con su conversación.

La puerta del barracón se abrió, y el hermoso teniente Ringel apareció, casi tocando el marco con el casco.

—*Fräulein* Bierrenbach, sea tan amable de acompañarme: el general Kluber la está esperando.

Capítulo VII

El general Amadeus Kluber no estaba solo. Junto a él, de pie, estaba Heinz Hessemann, que indudablemente había llegado en el helicóptero; es decir, Heinz Kluber, no Hessemann. Padre e hijo miraron fijamente a la espía, y el primero elogió:

—Sus últimas palabras a nuestros prisioneros han merecido mi mayor aprobación, *Fräulein* Bierrenbach.

—Gracias, general. ¿Cómo está, señor Hessemann?

—Mayor Kluber —corrigió Hessemann, sonriendo—. Entiendo que mi padre la ha puesto al corriente de esto, *Fräulein*.

Brigitte asintió. Todavía tenía el frío superficial de la explanada, donde continuaba lloviendo y amenazando nieve. Había visto el helicóptero, escondido detrás de una de las torretas, es decir, bajo los altísimos árboles, de modo que no podría ser visto desde el aire. En realidad, todo lo que podría ver desde el aire cualquier piloto era una pequeña explanada fangosa, como debía de haber otras en el enorme bosque. Naturalmente, a la menor señal de acercamiento de cualquier aparato, los soldados alemanes debían esconderse, y obligar a los prisioneros a hacer lo mismo. En cuanto a los barracones, los que no estaban tan a cubierto como las torretas disponían de un camuflaje perfecto en el tejado… Estaban en un pequeño lugar de cualquier parte, presumiblemente de Francia, pero, a juzgar por las tres horas de vuelo, y suponiendo que fuesen ciertas y no un rodeo para desorientar, también podían estar en Bélgica, en Luxemburgo, y hasta en la propia Alemania Federal.

Los Kluber estaban solos, lo que podía significar que confiaban en ella, o que, de todos modos, no temían en absoluto lo que una mujer sola pudiese hacer en Täufel-Kz. Muy pronto supo Brigitte a qué atenerse al respecto, pues Amadeus Kluber la informó:

—Mi hijo ha traído buenas noticias para todos. En efecto, se nos ha informado de que el nombre de Monique Lafrance consta con

todos los honores en determinado departamento superprivado del SDECE francés, de donde se deduce que usted no nos ha mentido… completamente, *Fräulein* Bierrenbach.

—Sólo parcialmente —volvió a sonreír Heinz Kluber—. Desde el primer momento tuve la certeza de que la conocía de algo, *Fräulein* Bierrenbach, pero no conseguía localizarla en mi memoria… hasta esta mañana. En cuanto lo he conseguido, he venido a Täufel-Kz.

Heinz Kluber tomó unas revistas y periódicos de sobre la mesita, y los tendió hacia Brigitte. Ésta se adelantó, y ya antes de tomar el paquete vio su propia fotografía en una revista francesa, en la portada… Pero no como Monique Lafrance o *Fräulein* Bierrenbach, rubia y de ojos verdes, sino como Brigitte Montfort, la famosa periodista americana que había ocupado las portadas de todas las revistas del mundo, y las primeras planas de todos los periódicos, cuando fue propuesta para la presidencia de los Estados Unidos de América por el Woman Totaldemocracy Party.

Estaba fotografiada de todas maneras y de todos los colores en las revistas y diarios que le había entregado Heinz Kluber, así que Brigitte optó por aceptar la situación.

—Generalmente, mayor —dijo sonriendo—, mis disfraces suelen resultar eficaces. Debo felicitarle por su buen ojo.

Se quitó la peluca rubia, y acto seguido, las lentillas. El viejo general Kluber la contemplaba con asombro y admiración. Brigitte retiró el casquete de naylon que recogía sus largos cabellos negros, y agitó la cabeza, soltándolos sobre los hombros.

—Fascinante —sonrió de nuevo Heinz.

—¡Y asombroso! —exclamó Amadeus, reaccionando—. ¡De modo que es cierto que es usted una espía bien preparada!

—Así es, general. Ya se lo dije.

—Pero no nos dijo usted que era americana, sino francesa —deslizó suavemente Heinz Kluber—, y está claro que me mintió descaradamente respecto a su historial francés. No tengo la menor duda de que trabaja para el SDECE como Monique Lafrance, pero… me sorprende mucho: sería más lógico que trabajase para la CIA, señorita Montfort.

—¿Por qué motivo? —Rechazó Brigitte—. Es cierto que, a todos los efectos, yo soy ciudadana norteamericana, nacida en Nueva York de padre alemán y madre francesa, pero el lugar de

nacimiento no significa nada en comparación con otras cosas. ¿Sería usted menos alemán por haber nacido en China, mayor Kluber?

—¡Buena respuesta! —exclamó el viejo general—. ¿Significa eso que se siente más francesa que americana, y que por eso está trabajando para los servicios secretos franceses?

—Exactamente.

—¿Se siente más francesa que alemana? —murmuró Heinz.

—No. Todo lo contrario. Pero no podía trabajar para los servicios secretos alemanes, así que me conformé con los franceses… donde el historial de mi padre no es conocido.

—¿El historial de su padre? ¿A qué se refiere?

Brigitte se encomendó al cielo, pues estaba soltando la mayor sarta de embustes de toda su carrera de espía:

—Mi padre, Fritz Bierrenbach, fue un notable nazi, que tuvo que ocultarse al terminar la guerra. Por eso, nunca pude ofrecer mis servicios a los alemanes actuales. Esto, en cuanto a Alemania Federal. ¡No digamos de la Alemania del Este!

Los Kluber estaban pasmados…, mientras Brigitte pedía mentalmente perdón a su padre, dondequiera que estuviese, por involucrarlo en el nazismo, al que jamás había pertenecido; y por renegar de su fidelidad a los Estados Unidos de América, pedía también perdón. Amaba profundamente a Alemania y a Francia, pero su patria, a la que jamás había traicionado, era Estados Unidos, y cuando llegase el momento de…

—Pero eso… ¡la convierte a usted prácticamente en nazi! —jadeó Heinz Kluber.

—En eso no mentí: todavía no estoy convencida, mayor, francamente.

El general emitió su risa cascada, crepitante, como fuego consumiendo leña reseca.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—. ¡Es usted… el más extraño e interesante producto humano que jamás he conocido! Y ya sin ninguna duda, tengo que admitir que su inteligencia es digna de los mayores elogios… ¿Cómo puede vivir con todo eso a cuestas?

—Me las voy arreglando —sonrió Brigitte—. Y le aseguro que no vivo nada mal, general.

—¡Sería una injusticia! ¡Las personas de su… calidad mental y racial merecen lo mejor! ¡Hija de un nazi! ¡Reciba mis máximas

consideraciones, *Fräulein*!

—Gracias, general. Y espero que siga usted dispuesto a explicarme el nazismo, ya que mi padre no pudo hacerlo debido a… dificultades ambientales.

Amadeus Kluber se echó a reír, de un modo chirriante, fragoroso, que estremeció su flaco cuerpo ataviado con el impresionante uniforme. Su hijo miraba especulativamente a Brigitte.

—Todo cuanto ella ha dicho no significa que vaya a trabajar fielmente con nosotros, padre —murmuró.

—¿Por qué no? —rechazó el general—. ¡Es hija de un nazi! Pero, además, ¿qué importaría que pretendiera engañarnos o traicionarnos? Nosotros lo sabemos todo sobre ella, y ella sólo sabe quiénes somos, pero no dónde estamos. No podría delatarnos. Todo lo que podrá hacer es regresar a París, y decirle al SDECE y a Gat Singer que… ¡No! ¡Haremos algo mucho mejor! ¿No te das cuenta? ¡Es la periodista más famosa del mundo!

—Sí, padre, pero precisamente…

—¡No tenemos nada que temer! Si ella sigue fiel a nosotros, lo sabremos pronto. Pero mientras tanto, irá a París, y allá contará todo lo que ha visto y oído aquí… ¡Quiero que escriba el mejor de sus artículos, *Fräulein* Bierrenbach, y que sea difundido en todo el mundo por todas la agencias de prensa! ¿Puede conseguir eso?

—Sí.

—¡Pues hágalo! ¡Avise a todo el mundo, desde París, de lo que está preparando el general Amadeus Kluber, dígales que se preparen para presenciar en todas las televisiones del mundo el Juicio de Täufel-Kz! ¡Adviértales que se preparen a bajar el rostro, avergonzados por lo que ellos hicieron, y que hasta ahora ha permanecido oculto! ¡Dígales que yo, el general Kluber, veinte años prisionero de la más ruin venganza militar, voy a abofetearles obligando a confesar públicamente los crímenes de guerra de los aliados a mis prisioneros! *Fräulein*: esta misma tarde saldrá usted en helicóptero hacia París.

Eran las ocho de la noche cuando el helicóptero tomaba tierra, pero no en Orly, sino en unos viñedos, cerca de una carretera. A través de la capucha que cubría su cabeza, Brigitte oyó la voz de Heinz Kluber:

—Realmente, mi padre tiene razón: poco importa que nos haya engañado, ya que de un modo u otro, al explicar al mundo lo que está sucediendo, estará colaborando con nosotros… Y como nosotros sí sabremos siempre dónde encontrarla, podremos matarla en cuanto nos parezca oportuno. Aunque —la voz de Kluber bajó de tono—, preferiría llevarla para siempre conmigo a Täufel-Kz… de momento, y luego a otro lugar donde… Bien, no importa. Aquí nos despedimos.

Fue entonces cuando le quitaron la capucha a Brigitte, y ésta pudo ver los viñedos. Saltó a tierra sin despedirse de ninguno de los cuatro hombres, sin pronunciar una sola palabra. El helicóptero se elevó, y, por supuesto, Brigitte comprendió que no iría a Orly, sino a su escondrijo de París o cerca de París.

Dos minutos más tarde, Brigitte llegaba a la carretera, y apenas tres minutos después un automóvil se detenía junto a ella. Brigitte abrió la portezuela derecha, y se asomó al interior del vehículo.

—¿Podría usted llevarme a París, señor? —pidió sonriendo.

A la luz del interior del coche, el conductor del automóvil parpadeó: ¿estaba soñando, o aquella belleza era cierta? Cuando salió de su pasmo ya estaba reanudando su marcha hacia París, acompañado por la más bella joven que había visto en su vida…

* * *

—¿Todos conservan la vida? —preguntó *Monsieur* Nez—. ¿Seguro, Brigitte?

—Excepto el que mataron los perros cuando intentó escapar todos los demás estaban vivos cuando salí de Täufel-Kz —asintió la divina espía, sirviéndose más café.

Monsieur Nez se estremeció, y quedó silencioso. Simón-París apareció en la salita del chalé donde se habían reunido él y Baby con uno de los más importantes jefes del SDECE, el ya más que maduro pero siempre eficaz *Monsieur* Nez, el viejo amigo de la divina espía.

—Hemos enviado el aviso a «Fantasma», del MI5 —informó—. Y esta misma noche, los nuestros harán contacto directo con Singer y con Vichenko, para intentar convencerlos de que limiten sus actividades a las que venían realizando hasta ahora, sin más

iniciativas. Cabe esperar que Vichenko y Singer gruñan como fieras, naturalmente, pero ya veremos qué pasa. Lo sabremos dentro de un par de horas.

—¿Qué ha de pasar? —Esbozó una sarcástica sonrisa *Monsieur* Nez—. ¡Aceptarán, simplemente! Si fuese yo quien les hiciera la proposición, me cortarían el cuello, pero, ¡ah, se trata de Baby, y eso cambia mucho las cosas!

—De todos modos, no es seguro que acepten —sonrió Simón.

—Vichenko, sí —dijo Brigitte—: es un viejo zorro cargado de paciencia y astucia. De otro modo, no habría aceptado en ningún momento tratar conmigo, tal como están las cosas… Y no me refiero a lo de Täufel-Kz ahora, sino a lo demás. La CIA y la MVD están al rojo vivo con el asunto de la invasión de Afganistán por parte del ejército soviético. ¿Y qué hace Vichenko?: pues, se entrevista tranquilamente con Baby en París, como si no estuviera sucediendo nada… Es inteligente, paciente y veterano. Aceptará. Singer es el que me preocupa, francamente.

Pero no había motivos para preocuparse; cerca de medianoche, la respuesta de Gat Singer llegó al chalé; el israelita aceptaba parecer tonto dando vueltas por París durante veinticuatro horas más. Si para entonces no tenía noticias satisfactorias por parte de Baby, el Shin Beth entraría en acción en toda Francia.

—Veinticuatro horas —gruñó Nez—… ¿Cómo demonios vamos a solucionar esto en veinticuatro horas?

—En menos, *Monsieur* —sonrió Brigitte.

El narigudo espía francés y el apuesto espía americano se quedaron mirando pasmados a Baby.

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó Simón-París.

—¡Pero si es muy fácil! —rió la divina.

—¿Qué es lo fácil? —farfulló Nez—. ¡Tenemos que encontrar un lugar de apenas dos mil metros cuadrados, escondido bajo enormes árboles de un bosque que puede estar en cuatro países, en cualquier grupo montañoso…! ¡Y no digamos nada de encontrar en una ciudad como París a un alemán que dijo llamarse Hessemann, pero que se llama Kluber, y que ni con un nombre ni con otro está en la guía! En cuanto a la casa donde estuvo usted, no tiene ni idea de cuál pueda ser…

—Yo, no, querido, pero usted sí —dijo Brigitte.

—¿Yo? —Se pasmó una vez más Nez—. ¿Yo? ¡Yo no tengo ni la más remota idea!

—*Monsieur*: ¿se apuesta usted un enorme, auténtico, oloroso y bien curado queso de Roquefort a que antes de las diez de la mañana me llama usted para decirme que ha localizado a cierta persona a la que tengo grandísimo interés en conocer… y que tiene la clave para resolver todos nuestros problemas?

—¡Me lo apuesto! —exclamó Nez.

—Simón: ¿apuesta usted el vino? De Borgoña, desde luego.

—Sé que voy a perder —rió nerviosamente el espía americano —, ¡pero por Dios que me apuesto todo el vino que usted quiera!

* * *

Como hacía con frecuencia, *Monsieur* Jean Emil de Villars acudió aquella mañana a almorzar al elegante restaurante sito en el Boulevard Saint Marcel. Ocupó una mesa, pidió la carta y un aperitivo, y encendió un cigarrillo. Enseguida, se abstrajo en la cuidadosa elección de su almuerzo… *Monsieur* de Villars tenía sesenta y ocho años, pero conservaba un aspecto bastante más juvenil, y ello, naturalmente, se debía a que se cuidaba admirablemente. Elegante, atractivo, culto, interesante, señorial, con un gusto exquisito para todo, *Monsieur* de Villars, a su edad, todavía encontraba en la vida muchísimos goces y placeres, y jamás desdeñaba ninguno. Un error en la elección del vino podía echar a perder un almuerzo, y *Monsieur* de Villars lo sabía, así que…

—A mí me gusta el Borgoña —dijo la voz femenina—, aunque reconozco, claro está, que hay en Francia cantidad incontable de vinos estupendos.

Jean Emil quedó primero estupefacto. Luego, maravillado. Cierto: frente a él se había sentado una persona desconocida. ¡Pero a eso había que ponerle rápido remedio! Allá tenía, posiblemente, el máximo placer de aquel día: era una muchacha de tan espléndida belleza que Jean Emil apenas recobraba el aliento.

—Espero no molestar —sonrió la preciosa desconocida, cuyos azules ojos eran absolutamente maravillosos.

—No… Por supuesto que no… Perdone, pero no recuerdo…

—No me conoce usted, capitán De Villars.

—¿Qué? —exclamó Jean Emil.

—O quizá sí —sonrió la muchacha—. Pero no, porque aunque mis ojos son mis ojos, llevo peluca rubia y algún que otro relleno en mi rostro que lo desfigura. No, no creo que me reconozca, *Monsieur*. Así que voy a presentarme: mi nombre… de guerra es Baby. Agente Baby, habitualmente de la CIA americana.

Jean Emil de Villars quedó lívido como un muerto. Brigitte tomó la botella del aperitivo, tomó la copa de agua de delante del francés, y se sirvió un poco.

—Ya sé que esta copa es para agua, pero no importa. También los franceses son para amar a Francia, y no todos lo hacen.

Jean Emil ya no podía palidecer más, así que permaneció igual, como una estatua de cera. Brigitte Baby Montfort bebió un sorbito de aperitivo, y aprobó con un gesto.

—Observo que en vinos sabe elegir, *Monsieur*. Pero no en amistades. Por ejemplo, la del general Kluber no me parece… adecuada para un francés. ¿No está de acuerdo, *Monsieur*? ¿O prefiere que siga llamándole capitán?

—No —consiguió jadear De Villars—… No, no…

—Lo comprendo. Eso le debe de traer a usted desagradables recuerdos que siempre debió de querer olvidar, lógicamente. Y supongo que, con tanto tiempo, incluso lo debió de conseguir. Pero, cuando ya había conseguido olvidar que durante la guerra fue usted un colaboracionista alemán, concretamente de la Gestapo y los nazis… ¿qué ocurre? ¡Aparece inoportunamente el viejo general Amadeus Kluber! Ciertamente, el hijo de Amadeus ya le tenía a usted localizado hacía tiempo, pero no le molestó nunca: todo se haría a su debido tiempo. Y el tiempo llegó cuando se pensó en el Juicio de Täufel-Kz. Entonces, los Kluber hicieron contacto con el viejo colaboracionista, y le expusieron sus exigencias: dinero, casa, un lugar donde construir el Campo del Diablo, armas… Todo. Incluso un helicóptero. Todo un chantaje, *Monsieur*, es evidente. Y usted no tuvo más remedio que ceder a él. ¿Cómo permitir que ahora, en los últimos años de su vida, con un empleo magnífico en la política francesa, con hijos, nietos, y muy pronto un biznieto, se viniera todo abajo? La familia, el honor, el bienestar… ¡Todo perdido si no ayudaba a los Kluber!

—Dios… Dios m-m-mío…

—Sesenta personas deben de estar implorando a Dios con más motivos que usted, *Monsieur*: me refiero a las que están ahora en Täufel-Kz. Vamos, vamos, no se derrumbe ahora, *Monsieur*…

—¿Cómo… ha podido encontrarme…?

—Tuvo usted la poca inteligencia de preguntar personalmente por la agente Monique Lafrance, del SDECE, en este servicio. Un alto jefe del SDECE, que tiene acceso a mayores informaciones que usted, ha preguntado esta mañana, a primera hora, quién se interesó por el expediente de Monique Lafrance. Respuesta: *Monsieur* Jean Emil de Villars. El resto ha sido facilísimo: hemos localizado su casa, en la cual estuve retenida unas horas, le hemos localizado a usted, y sabemos que esa casa es el… cuartel general en París de Täufel-Kz. Los pecados se pagan, *Monsieur*. Usted pecó contra Francia, y ahora lo tendrá que pagar.

—¿Cómo… cómo ha podido la CIA descubrir mi pasado? ¡Estaba seguro de que nunca nadie podría hacerlo!

—En realidad, se ha descubierto usted mismo. Y por dos veces. La primera de ellas, al aceptar obedecer órdenes, en la actualidad, de los Kluber; cuando me dijeron que usted había investigado la ficha de Monique Lafrance, y quién era, me pregunté qué podía impulsar a un hombre como usted, en su posición actual, a trabajar para un criminal de guerra nazi. ¿Dinero? ¿Amenazas personales? No. Tenía que ser algo mucho más fuerte, algo que le preocupase mucho más: el honor de su familia y de usted mismo. ¿Y cómo podía usted perderlo todo, *Monsieur*?: pues, tan sólo si se revelaba que durante la guerra fue un colaboracionista nazi. Pero, lógicamente, no podía estar segura de eso, de modo que nos enteramos de dónde estaba usted almorzando, vine aquí, y disparé mi segundo tiro al azar: le acusé directamente, y usted cayó en la trampa. Ahora es cuando no tenemos dudas sobre su pasado, *Monsieur*.

—Usted… usted es diabólica… Pero quizá la CIA y yo podríamos… llegar a un acuerdo…

—No, *Monsieur* —cortó fríamente la espía—. Le he dicho hace unos minutos que habitualmente trabajo para la CIA. Pero en muchas ocasiones trabajo para el SDECE, para cualquier otro servicio que esté intentando algo razonable, y, sobre todo, trabajo para la Humanidad, que es tanto como trabajar para mí misma. No

habrá ninguna clase de acuerdo entre nosotros.

—Tengo… tengo mucho dinero, y podríamos…

—Yo tengo mucho más dinero que usted. Pero hay otros factores. Uno de ellos, que en la calle le están esperando unos caballeros del SDECE, al mando de un viejo amigo mío, que ya está al corriente de todo. Otro factor es que no puedo permitir que personas como usted continúen… en activo en este mundo desequilibrado por tantas tensiones. ¡Solamente faltaría ahora un juicio como el que está preparando el general Kluber, y que el mundo se enterase de muchas de las cosas… censurables que hicieron los Aliados! Las personas como usted y Kluber deben ser eliminadas, *Monsieur*. Por el amor de Dios: ¿cómo no optó usted por suicidarse antes que ceder a las presiones de los Kluber? ¿No se le ocurrió que era mejor eso que remover todo el cieno que ya se había posado? ¿Acaso no está usted al corriente de que después de la Segunda Guerra el mundo no ha estado verdaderamente en paz ni un solo día, y que el Juicio de Täufel-Kz sólo serviría para empeorar las cosas? Por Dios, ¡todavía no ha terminado una guerra y ya están organizando las siguientes! Y usted acepta participar en un juicio que sólo serviría para agitar más el mundo, para reavivar recuerdos y odios todavía latentes… ¡Han pasado treinta y cinco años, y la guerra continúa! *Monsieur*: ¿no le parece espantoso?

—Sí… Sí, yo…

—Y si le parece espantoso, ¿por qué no se pegó un tiro? Debió hacer eso, en lugar de financiar a los Kluber. Sin usted, ellos no habrían podido reunir hombres y armas para llevar a cabo los secuestros de sesenta personas, ni tendrían el Campo del Diablo, ni nada de nada. ¿Realmente no se dio cuenta de lo que su sumisión a los Kluber podía acarrear?

—Mi familia…

—¡Su familia! ¿Qué me dice de las familias de sesenta personas que están prisioneras en Täufel-Kz? ¿Ha visto usted a esos cincuenta seres humanos llamados judíos caminando desnudos bajo la fría lluvia, con las cabezas rapadas, chapoteando en el fango…? ¡Y eso no es nada comparado con lo que podría haberles sucedido si el general Kluber no las quisiera con vida y en buenas condiciones físicas! ¿Qué me dice de esas sesenta personas y sus familias, *Monsieur*?

Jean Emil de Villars no contestó. Brigitte se puso en pie, se colocó junto a él, y lo tomó suavemente de un brazo. Súbitamente convertido en un anciano, Jean Emil se puso lentamente en pie, y, observado con desconcierto por el *maître*, se dirigió hacia la puerta del lujoso restaurante.

Cuando salió a la calle vio a los dos hombres esperando en la acera. Un poco más allá, el coche oscuro, junto al bordillo.

—¿Dónde está Täufel-Kz? —preguntó Brigitte, implacable.

—En… en unas propiedades que tengo… entre Chateau-Therry y Reims…

—Nos enteraremos bien de eso. Camine hacia el coche, *Monsieur*.

Capítulo VIII

Los dos coches estaban cargados ya con todo el material de filmación que se había calculado necesario para el Juicio de Täufel-Kz. Cámaras de filmación, películas, focos…

—Si una vez instalado todo nos damos cuenta de que falta algo, volveremos a París —dijo Heinz Kluber, bajando la tapa de uno de los maleteros—. De momento, con esto tenemos más que suficiente para hacer las primeras pruebas. Preparaos para salir. Yo voy a ver a De Villars —rió burlonamente—… ¡Casi le hemos arruinado con estas compras! Y con todo lo demás, claro.

—Ya recibirá su parte cuando cobremos los cien millones de dólares —sonrió Hans.

—Eso es cierto. Vuelvo en unos minutos.

Heinz Kluber salió del garaje por la puerta que se abría al tramo de escalones, que ascendió. Abrió la puerta de arriba, salió al vestíbulo, y enseguida vio, frente a él, al otro lado, la luz del despacho de Jean Emil de Villars, por debajo de la puerta. Cruzó el vestíbulo, empujó la puerta, y entró, diciendo:

—Tenemos ya en los coch…

No dijo nada más. Quedó paralizado, lívido, fijos sus desorbitados ojos en la persona que estaba sentada tras la mesa del despacho, y que, ciertamente, no era Jean Emil de Villars.

—Buenas tardes, mayor —saludó suavemente Brigitte Montfort.

Por instinto, Heinz miró a derecha e izquierda. Pero no, no había nadie más en el despacho; estaban solos. Volvió a mirar a Brigitte, que sostenía entre sus finos deditos una boquilla de marfil con brillantes incrustados; en la otra mano, un cigarrillo, que parecía a punto de encajar en la exótica y pasada de moda boquilla.

—¿Cómo ha podido encontrarme? —susurró Heinz.

—Me decepciona usted, mayor Kluber. Ésa no es la pregunta más importante que podía hacerme. La pregunta importante sería:

¿por qué no ha publicado usted en ningún periódico ninguna noticia sobre el Juicio de Täufel-Kz? Evidentemente, desde ayer por la noche en que llegué a París, he tenido tiempo de hacerlo. Y como no lo he hecho, usted ha debido preguntarme los motivos.

—¿Por qué no lo ha hecho? —susurró Heinz.

—Porque, como diría un queridísimo amigo mío al que le gusta hablar claro, ya hay demasiada mierda flotando en el mundo para sacar a la luz la que se enterró hace treinta y cinco años. ¿Le parece una respuesta comprensible y clara, mayor Kluber?

—Sí.

—Muy bien. Entonces, voy a contestar a su otra pregunta menos importante: le he encontrado porque, de un modo… diabólicamente sencillo, localicé antes a *Monsieur* De Villars, y lo demás ha sido muy fácil. Por cierto, que mi astucia deductiva me ha hecho ganar un magnífico queso de Roquefort y todo el vino de Borgoña que se pueda beber con él. Aunque no sé… ¿Por qué beber siempre vino rojo con el queso? Se me ha ocurrido que también se puede beber champaña. Brut, por supuesto, muy, muy seco. ¿Alguna vez ha bebido champaña con el queso, mayor?

Kluber se pasó la lengua por los labios antes de musitar:

—No, nunca.

—Desde luego debe de resultar chocante —admitió Brigitte—. Pero todo se puede probar alguna vez. Incluso llegar a un acuerdo con usted.

—¿Dónde está Jean Emil?

—Unos caballeros del SDECE lo están interrogando, a fin de redactar luego un expediente completo de este asunto del Campo del Diablo, con el fin de remitir unas copias a diversos servicios secretos, para apaciguar los ánimos. Esto es una iniciativa mía, desde luego, aunque no voy a ser mencionada de ninguna manera… Lo que no será obstáculo para que esos servicios secretos sepan que la solución de este asunto la deberán, como la de muchos otros asuntos, a la agente Baby, de la CIA. ¿Ha oído hablar de Baby, mayor?

—¿Es usted? —jadeó Kluber.

—Sí. Y no importa que usted y *Monsieur* De Villars lo sepan, porque ninguno de los dos llegará vivo al día de mañana. Jean Emil de Villars recibirá una… amistosa oferta tras firmar su declaración:

se le permitirá suicidarse honorablemente, a fin de evitar disgustos quizá más serios a su familia, a la política francesa, a los franceses en general por haber cobijado durante tantos años a un traidor. En realidad, es un gran gesto nuestro permitir que De Villars se suicide, ¿no le parece?

—Quizás.

—Usted va a tener el mismo… privilegio, mayor. Haremos un trato, y luego se suicidará…

—¡Está usted loca! —rió crispadamente Heinz Kluber.

—Escuche mi oferta, mayor: usted va a colaborar con nosotros en la invasión de Täufel-Kz, ordenando a sus «soldados», que, claro está, son simples aventureros que deben cobrar una buena paga, que entreguen sus armas y el campo. De este modo, no habrá muertos, ni siquiera heridos. Luego, como recompensa por los servicios prestados, le permitiremos a usted que se suicide discretamente, y enviaremos a su padre a un lugar adecuado para él, una residencia de ancianos donde pasará el resto de sus días tomando el sol e intentando olvidarse de todas esas ansias de venganza que usted ha metido en su ya frágil cabeza.

—¡Repito que usted está local!

—Es una buena oferta, mayor. De todos modos, usted va a morir, así que, ¿por qué no ayudar a su padre a que muera en paz, con la mente serena tras unas semanas, unos meses, hasta quizás unos años de vida apacible? ¿No ama usted a su pobre padre, mayor?

—¡Él nunca aceptaría eso!

—¿Eso piensa? Vamos, sea sincero consigo mismo, ya que no acepta serlo conmigo… ¿No recuerda, mayor?: su padre tiene noventa y dos años. ¡Cielos, noventa y dos años…! ¿De verdad pretende convencerme de que todo esto lo está dirigiendo él?

—¡Él es un general alemán que…!

—Él es un anciano —cortó secamente Brigitte—. ¡Pero si casi no se sostiene sobre las piernas! Tuve que ayudarlo a caminar, no puede ni ponerse el abrigo, los años han ablandado también su corazón de nazi convencido… ¿No se ha dado cuenta de esto, Heinz?

—No… ¡No! ¡No es cierto!

—Es usted un verdadero criminal. Y la primera de sus víctimas

es su padre. Un pobre anciano que todo lo que desea es calentar sus viejos huesos junto a un buen fuego. Sólo le sostienen en pie sus recuerdos, y la espuma de la venganza que durante veinte años estuvo rumiando en una prisión…, pero, a poca oportunidad que se le dé lo olvidará todo completamente, y morirá sosegadamente, olvidado de sí mismo, de su nazismo, de sus crímenes. Usted no le ha concedido esa oportunidad, mayor, pero yo lo voy a hacer.

—¡No sabe usted lo que dice!

—Lo sé muy bien. Estoy hablando de una persona de noventa y dos años que si diariamente no recibiese su ración de odio latente, ya no se acordaría de nada. Pero usted le da cada día su ración, no permite que olvide nada. Seguramente, su padre fue cruel, despiadado, incluso sádico, malvado… Si fue condenado, sería por algo, ¿no? Pero eso ya pasó, cumplió el castigo que le impusieron sus enemigos. Y ahora usted está prologando ese castigo alimentando su odio, no dejando que los recuerdos mueran en su viejo cerebro cansado. Mayor: es usted un criminal atroz, lo digo de todo corazón. Y todo…, ¿por nazismo? ¡Claro que no! Está usted tramando sacar a la superficie las entrañas de algo tan odioso como una guerra no sólo por afán de venganza, sino por eso: cien millones de dólares en marcos alemanes. Y no se moleste en contradecirme: llevo muchos años de vuelo entre aves carniceras como usted, y conozco su plumaje. Usted está manejando a su padre como a un niño, pero eso no puede hacerlo conmigo. Ha secuestrado a sesenta personas, las está humillando y castigando físicamente, ha enfrentado en momentos harto peligrosos a varios servicios secretos, lo que, de no haber intervenido yo, podría haber tenido trágicas consecuencias…, y gracias a sus «geniales» ideas de nazismo retrospectivo, una persona fue devorada por unos perros entrenados para eso… ¡Por Dios, es usted un criminal fuera de serie, mayor! Y todo, no por odio o… ideales o «patriotismo», sino porque en el fondo, sólo quiere dinero; dinero en abundancia.

—Está bien —sonrió torcidamente Heinz Kluber—, todo eso es cierto, pero se equivoca en algo: ¡también juega su importante papel el odio hacia los Aliados!

—Ya que llegamos a ese terreno, mayor, dígame: ¿quiénes empezaron la guerra? Mi candidez se va diluyendo con el tiempo… y con dolorosas experiencias que no puedo evitar vivir, así que sé

muy bien que los Aliados no fueron ángeles ni serafines. ¿Cree que no soy la primera en sentir vergüenza por ellos…, y por todo lo que todos han hecho… y pretenden seguir haciendo? ¡Cualquier día moriré de vergüenza, y sobre todo, de pena! Pero hasta entonces… hasta entonces, «mayor», dedicaré todas mis energías, hasta mi último aliento, a eliminar a personas como usted. Mas, en mi gran bondad, le concedo a usted una oportunidad de hacer algo bueno, una sola cosa: permita que su padre muera en paz, olvidado de todo. ¡No nos obligue a invadir Täufel-Kz con las armas!

—Le haré a usted una contraoferta —sonrió perversamente Heinz Kluber—: conviértase en mi amante, ayúdeme a filmar la película del Juicio que están ya preparando en Täufel-Kz, y luego permitiré que esas sesenta personas sean liberadas, sin trampas, después de cobrar mi dinero. ¡Viviremos juntos como reyes que…!

—Mayor, mi oferta es la que vale. Sólo mi oferta. Y usted sólo tiene que decir SÍ o NO. Le escucho, mayor.

—Mi respuesta es NO —deslizó Heinz Kluber, sonriendo…, y llevando la mano derecha bajo la chaqueta.

Naturalmente, no tenía la menor posibilidad de sorprender a la espía más peligrosa del mundo. Brigitte, que se había colocado la boquilla entre los dientes, sólo tuvo que soplar en ésta, y el diminuto dardo envenenado salió silenciosamente hacia Heinz Kluber. Éste sintió, como tantos otros, apenas un leve pero molesto pinchazo en una mejilla, emitió una exclamación mientras, sobresaltándose, terminaba de sacar la pistola…, y se derrumbó, rodando sobre la gruesa alfombra.

Brigitte colocó por fin el cigarrillo en la boquilla, encendió aquél, miró ésta como sorprendida, y dijo:

—Chocante: todavía funciona. ¡*Monsieur*!

Nez apareció en la puerta del despacho, pistola en mano. Miró a Kluber, miró a Brigitte, y movió la cabeza. Estaba pálido.

—No tiene usted por qué correr tantos riesgos —murmuró.

—¿Qué riesgos? —sonrió fríamente la reina del espionaje mundial. *Monsieur* Nez hizo un gesto de resignación, y señaló hacia fuera del despacho.

—Lo del garaje está solucionado. Tal como usted quería, tenemos a uno vivo y en perfectas condiciones. De los otros dos, uno ha muerto, y me temo que el otro no tardará mucho.

—Ellos se lo han buscado. Bien, vamos a hablar con el que ha quedado vivo…, y esperemos que sea más inteligente que el mayor Kluber.

—Podemos partir en cuanto usted guste.

—Inmediatamente. Oh, un momento, esta gente se quedó con mi maletín, y me gustaría recuperarlo… Quizás el mayordomo sepa dónde está.

—Lo tenemos en el coche. Se lo preguntaremos. Podemos partir en cuanto usted…

—Ya le he oído, *Monsieur*. Pero no tenemos prisa: debemos dar tiempo a que lleguen el resto de los… expedicionarios a Campo del Diablo. No olvide que ellos van en automóvil, y que luego tendrán que caminar bastante trecho por un bosque, de noche… ¡Cielos, qué miedo! En cambio, nosotros, iremos confortablemente en un helicóptero…

* * *

—La pequeña águila de París va a descender —dijo Hans, tras accionar la radio del helicóptero.

—Descienda, águila de París —llegó al respuesta, también en alemán.

La propia Baby cerró la radio, miró a Hans en la semioscuridad del interior del helicóptero, y aprobó con un gesto.

—Lo ha hecho bien, Hans. No lo vaya a estropear ahora: todo lo que tiene que hacer es descender como lo hacen siempre. Y piense en mi buenísima oferta: su vida a cambio de su colaboración.

—Sé que usted cumplirá su palabra —murmuró Hans.

Brigitte se limitó a asentir.

Había nevado, finalmente, pero eso había sido por la tarde. Ahora, plena noche, el cielo estaba asombrosamente despejado, y había fulgores lívidos de estrellas en la blanca nieve impoluta. No había una sola luz encendida en Täufel-Kz que fuese visible; todos los barracones debían de tener un seguro sistema de oscurecimiento. Era sencillamente fantástico. Todo parecía como fantasmal, irreal, frío, lívido.

Junto a Brigitte, atrás, viajaba *Monsieur* Nez, que fue quien señaló la blanca mancha despejada de árboles, apenas una mota en

la grandiosidad de aquel bosque frío y oscuro.

—Es alucinante —murmuró el espía francés.

El helicóptero descendió en el pequeño claro. Desde la ventanilla, Brigitte miraba hacia las dos torres que podía ver. En realidad, todo el peligro podía venir de allí: si los centinelas se ponían nerviosos, todo podía complicarse muchísimo. En cuanto el helicóptero estuvo detenido, aparecieron los cinco soldados; es decir, cuatro soldados y el hermoso teniente Ringel, que ayudó a Brigitte a saltar del aparato, asegurando:

—Es un placer volverla a ver, *Fräulein* Bierrenbach.

—Muy amable, teniente. Espero que la estufa esté encendida esta noche.

—En efecto. Le estoy muy agradecido por… ¿Qué ocurre?

Habíase sobresaltado un poco al ver a Pitzer, y, en cambio no ver ni a Heinz Kluber ni a Thomas y Otto. Pero Hans, bajo la promesa de conservar la vida, siguió fielmente las instrucciones de la agente Baby, explicando:

—Han surgido imprevistos en París, teniente. El mayor tuvo que quedarse allí, y ha enviado en su lugar al señor Hölderlin —y señaló a Nez al decir esto—: tiene que entrevistarse inmediatamente con el general.

—Pero… ¿qué ha ocurrido? —exclamó Ringel.

—Nada preocupante —dijo Nez, en alemán—, pero es de todo punto imprescindible que el general me reciba ahora mismo.

—¿Dónde está él? —preguntó Brigitte.

—Está en la Sala del Juicio… No sé si admitirá…

—¿La Sala del Juicio? ¡Bueno, teniente, esté donde esté llévenos allí, por favor! No sólo es urgente, sino que ¡me estoy muriendo de frío!

—Bien… Sí, lo comprendo, pero…

—Por favor —dijo Brigitte, tomándose simpáticamente de un brazo del hermoso «oficial» alemán—… ¡Por favor, teniente!

—Está bien… Veremos qué pasa.

Escoltados por los cuatro soldados, colgada Brigitte del brazo del gigante rubio, se encaminaron hacia la Sala del Juicio, que no era más que otro barracón colocado detrás de la «Kommandantur», de la cual había salido el comandante Leuthold, advertido por su instinto de que algo nuevo estaba sucediendo. Se acercó al grupo,

recibió una explicación por parte de Ringel y de Brigitte, y tras mirar con el ceño fruncido a *Monsieur* Nez, encabezó la marcha, marcialísimo, haciendo crujir la nieve, que, reflejando la luz de las estrellas, proporcionaba la única iluminación en el lugar.

Verdaderamente fantasmal.

El comandante Leuthold se detuvo ante la puerta del barracón.

—Esperen aquí —dijo.

Llamó y entró. Salió un minuto más tarde, dejando ahora abierta la puerta, que antes había cerrado rápidamente, para que la luz del interior se viera el menos tiempo posible.

—Pasen. Se ha enfadado, pero naturalmente, un general debe atender los imprevistos.

—Naturalmente —dijo Brigitte.

Ringel y los cuatro soldados quedaron fuera, pero no así Leuthold, que cerró la puerta cuando hubieron entrado tras él Brigitte, Nez y Hans.

Todos se quedaron mirando primero a Amadeus Kluber, que estaba sentado tras un alto estrado, contemplando la sala que ocupaba todo el barracón, iluminado por media docena de bombillas. Además del estrado para el tribunal, había otros dos, a derecha e izquierda, para la acusación y la defensa. Frente a éste, separadas por un estrecho pasillo, dos grupos de filas de bancos de madera, seguramente destinados a los judíos prisioneros.

Desde el estrado, Amadeus Kluber estuvo unos segundos mirando en silencio, fríamente, a los visitantes. Estaba impecable y patético a la vez, bien afeitado, con su uniforme, su gorra, sus condecoraciones…

—Había dado orden de no ser molestado mientras examinaba la Sala para asegurarme de que está en orden para mañana, *Fräulein* Bierrenbach, pero indiscutiblemente, usted es una excepción… en muchos aspectos. ¿Hölderlin? —Su mirada se desvió hacia Nez—. No sé de nadie llamado así que forme parte de nuestro tribunal o tropas. Espero una explicación.

—En realidad, general, *Herr* Hölderlin viene sólo como… acompañante mío, para ratificar mis explicaciones si usted lo considera necesario…

—¿Ha conseguido ya el mayor Kluber todo lo necesario para la inmortalización de este Juicio de Täufel-Kz? Lo esperaba a él con

todo el material, *Fräulein* Bierrenbach.

—El mayor Kluber ha conseguido unas instalaciones superiores a éstas en todos los órdenes, general —dijo Brigitte, acercándose al estrado—. Está ultimando ciertas negociaciones, ayudado por Jean Emil de Villars, para que el juicio se celebre con los medios y la solemnidad que merece…

—¡Espléndido!

—Lo que significa, general, que todos tendremos que trasladarnos al nuevo enclave de Täufel-Kz. De este modo…

—¿Cómo? ¿Trasladarnos?

—Sí. Ya le he dicho…

—No habrá traslado alguno, *Fräulein* Bierrenbach.

—El mayor Kluber ha encargado, precisamente, que los prisioneros sean evacuados de Täufel-Kz, y transportados al nuevo campo. Con tal fin, ha dispuesto de los medios de transporte suficientes, que ahora están esperando en el límite del bosque. Aprovechando la noche debemos…

—*Fräulein* Bierrenbach: ¿es el mayor Kluber quien da las órdenes en Täufel-Kz, o es el general Kluber quien las da?

—Bueno, general, pero si su hijo dice…

—¡Estamos hablando del mayor Kluber y del general Kluber, *Fräulein*, no de padres e hijos!

—Sí… Lo entiendo, general. Pero lo que trato de…

—No habrá traslado. ¡Éste es mi campo, y aquí se hará lo que yo decida en el momento oportuno!

—Pero antes le ha parecido espléndido que…

—Me parece espléndido que el Juicio se celebre con solemnidad, pero reflexionando sobre el traslado, decido que no. Todo se realizará aquí, en mi campo. De modo que ningún prisionero lo abandonará bajo pretexto alguno.

Brigitte suspiró profundamente, y fue a sentarse en uno de los primeros bancos, frente al estrado.

—¡No se siente ahí! —gritó el anciano—. ¡Ese banco es para judíos!

Brigitte se sentó.

—Mi… trasero, general, es igual que un trasero judío, ario, negro, amarillo o esquinal. Y estoy cansada. De verdad, estoy muy cansada físicamente, pero todavía estoy más cansada

emocionalmente. No sé cómo enfocar esto para que nadie salga lastimado… Por favor, permita que todos los prisioneros evacuen el campo…

—¡No! ¡No hasta que el Juicio…!

—No habrá Juicio, general. Todo ha terminado en ese sentido. Seamos razonables…

—¡Nadie saldrá de mi campo!

—General Kluber: durante mi anterior estancia en Täufel-Kz calculé que dispone usted de media docena de «oficiales» y de unos veinte soldados y suboficiales. Son unas tropas insuficientes para los sesenta hombres bien armados que en estos momentos están rodeando el campo…

—¿Qué dice? —Se puso en pie de un salto Kluber—. ¡¡¿Los Aliados han conseguido llegar a Täufel-Kz?!!!

El salto pareció terminar con sus pocas energías, pues se apoyó en el estrado, a punto de caer. Brigitte miró al comandante Leuthold, y lo vio pálido, pero inmóvil, posponiendo su reacción. Sin duda, Leuthold había comprendido a Brigitte mucho mejor que Amadeus Kluber, y se reservaba…, aunque quizás en esto influía la actitud de *Monsieur* Nez, que se había alejado unos pasos y no le perdía de vista, metida la mano derecha en el bolsillo del abrigo.

—Ya no existen los Aliados, general —murmuró Brigitte—. La guerra terminó, ¿recuerda? Y su venganza ya no tiene objeto, es mejor el olvido. Esos sesenta hombres que rodean Täufel-Kz no son soldados, sino agentes de los servicios secretos francés y americano. Algunos no son especialmente peligrosos, pero están todos dirigidos por una docena de agentes especiales, entrenados para labores de comando. Pueden ocupar Täufel-Kz en cuestión de segundos, ya sea a las buenas o a las malas. Pero no es sólo eso, sino que, naturalmente, fuerzas del actual ejército francés están rodeando todo el bosque, a fin de que nadie pueda escapar al cerco que terminará con Täufel-Kz. ¡Tiene usted que entender esto, general!

Amadeus Kluber estuvo unos segundos en silencio, parpadeando repetidamente, como perplejo, incrédulo, desconcertado…

Por fin, susurró:

—¿Quiere usted decir… que el Juicio ya no podrá ser celebrado, *Fräulein* Bierrenbach?

—Exactamente eso he querido decir, general. Y ya que estamos

dejando las cosas claras, tengo una mala noticia para usted: el mayor Kluber ha muerto.

El general se dejó caer de nuevo en el asiento. Parecía no haber oído. Pero, tras un largo silencio, preguntó:

—¿Mi hijo ha muerto?

—Así es, general.

—¿Heinz está… muerto?

—Sí.

Amadeus Kluber todavía permaneció inmóvil unos segundos, de nuevo en silencio, mientras un par de lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Lentamente, su cabeza cayó sobre el pecho, y ya no se movió. Brigitte se puso en pie, rodeó el estrado, y se inclinó un poco, para mirar de cerca el rostro del general Kluber. Comprendió que éste ya no estaba en condiciones de hacer otra cosa que no fuese llorar. Lo dejó allí, y se acercó a Leuthold, al que apuntó de pronto con su pistolita de cachas de madreperla.

—Comandante Leuthold…

—Tranquila, tranquila —alzó las manos el comandante—… ¡Tranquila, ¿de acuerdo?! La broma era divertida, pero si usted dice que tiene sesenta hombres y el ejército francés detrás, por mí está bien. Ha sido un juego jocoso, pero no tengo inconveniente en terminarlo. ¡Lástima, porque la paga de comandante era buena!

—Es usted un cínico, Leuthold.

—Desde luego. Bueno, podía estar por ahí contratado como mercenario, y en cambio, todo lo que hago es vigilar a unas pobres gentes desnudas. Tampoco es tan malo, ¿eh? ¡Ni siquiera hemos violado a nadie!

—Leuthold, vamos a salir a la explanada, reunirá a sus «soldados», y les dirá que el juego de Täufel-Kz ha terminado. Deben agruparse todos en la explanada, incluso los centinelas de las torretas, y entregar todas sus armas. ¿De acuerdo?

—Tranquila, preciosa: todavía sigo siendo comandante, ¿no es así? ¡Pues usted, para mí, es ahora el general!

—En ese caso —sonrió irónicamente Brigitte—, obedezca mis órdenes, comandante.

Tan sólo en cinco minutos, la situación quedó resuelta. Los hombres de Täufel-Kz fueron reunidos en la explanada, entregaron sus armas a los sesenta agentes secretos que aparecieron

procedentes del bosque, y el Campo del Diablo fue tomado sin un solo disparo.

Brigitte ordenó que trajesen a su presencia a la esposa del teniente Lindon, y, con ella, se dirigió hacia el barracón de los prisioneros militares. Cuando abrió la puerta, del interior del barracón brotó un raudal de luz. Reunidos en torno a una mesa, todos los prisioneros dejaron de conversar y miraron hacia la puerta. Spencer Lindon se puso en pie de un salto, desorbitados los ojos, y acto seguido corrió hacia su esposa, que acudió a su encuentro.

Fräulein Bierrenbach, rubia, de ojos verdes, paseó su sonriente mirada por el resto de prisioneros tras contemplar a la joven pareja besándose.

—Caramba —dijo—: ¡parece el final de una película!

—Pero… ¿qué pasa? —exclamó Vladimir Pugachev.

—Me parece que no podremos jugar usted y yo al ajedrez, general. Dentro de un par de horas estará usted en París, desde donde supongo partirá inmediatamente hacia Moscú —sonrió de nuevo—. Todos ustedes están invitados a abandonar Täufel-Kz cuando gusten, caballeros.

—Dios mío —casi sollozó el teniente coronel Landoy—… ¡No puedo creer que esta pesadilla haya terminado! ¿Cómo… qué…?

—Las preguntas, mañana en París, por favor. No quiero permanecer en este campo más tiempo del imprescindible… ¡Siempre he odiado el frío!

Este es el final

—Tiene usted mi palabra —dijo *Monsieur* Nez—: haré todo lo posible por colocar a ese pobre anciano chiflado en un sitio como el que usted desea.

—Gracias, *Monsieur*. Bien, debemos decirnos adiós…

—Sólo hasta la vista —gruñó Nez—. ¡Estoy seguro de que seguirá usted metiendo sus narices por todas partes!

—Lo que, considerando que el tamaño de mi naricita difiere considerablemente del de su narizota, me resulta menos fácil que a usted, *Monsieur* —sonrió la divina espía.

Simón-París, que con Nez había acudido a Orly para despedir a Baby, no pudo evitar la carcajada. Acto seguido, miró un tanto atribulado a *Monsieur* Nez, que sonreía ceñudamente.

—Hija mía, es cierto que mi nariz es más grande, pero la suya tiene más y mejor olfato. Bien, dele usted recuerdos.

—¿A quién? —Puso cara de ingenua Brigitte.

—A Número Uno. ¿O no va usted a Roma y luego a Malta?

—Oh, cielos, ¡es consolador comprobar que su narizota funciona bien pese a su tamaño, *Monsieur*!

Simón-París volvió a reír. De pronto, se sobresaltó.

—¡Hey, un momento…! —exclamó—. ¡El queso y el vino! ¡No hemos pagado la apuesta que…!

—¿Quieren que nos divirtamos un poco para celebrar el feliz final del asunto Täufel-Kz? —propuso Brigitte maliciosamente.

Los dos espías se quedaron mirándola expectantes. Simón sintió que se le ponían de punta los pelos de la nuca cuando vio la casi perversa sonrisa de la espía internacional.

—Se me está ocurriendo —deslizó ésta— que debemos ser generosos, y hacer participar a nuestros colegas del triunfo, así que haremos lo siguiente: ustedes comprarán el queso y el vino, y lo repartirán equitativamente, enviando a cada uno de nuestros

colegas un par de botellas de vino y una buena porción de queso. ¡Y que les siente bien!

Nez y Simón se miraron. Se imaginaron a Gat Singer y a Dimitri Vichenko recibiendo queso y vino de parte de la agente Baby, y, de pronto, los dos soltaron la carcajada a la vez.

Todavía reían cuando Brigitte Baby Montfort despegaba de Orly en un reactor… cuyo destino era Roma. Podían reír. Con motivos: ya no existía Täufel-Kz.

FIN

Notas

[1] Partido Totaldemócrata de la Mujer. Véase la aventura titulada *Brigitte* for President!!! < <

[2] Alusión clarísima a Giselle Montfort, la madre de Brigitte, fusilada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial en el patio de la prisión francesa de Cherche-Midi. < <

[3] Véase la aventura titulada *Asesinos asesinados*. < <

[4] El *Wilatan* es el Departamento de Misiones Especiales del Shin Beth, el servicio de inteligencias israelita. < <